

registro de catástrofes

miguel amorós



ΑΝΑΘΑΙ



nómada#12



“La época actual es de aquellas en las que todo lo que normalmente parece constituir una razón para vivir se desvanece, en las que se debe cuestionar todo de nuevo, so pena de hundirse en el desconcierto o en la inconsciencia”.

Simone Weil

...sobre la degeneración de los ideales revolucionarios ante el fin de clase obrera en occidente...

El 19 de julio de 1936 el proletariado español respondió al golpe de estado franquista desencadenando una revolución social. El 23 de febrero de 1981 tuvo lugar un golpe de estado ante la indiferencia más absoluta de los proletarios, quienes apenas movieron el dial de la radio o el mando del televisor. El contraste de actitudes obedece al hecho de que el proletariado era en el 36 el principal factor político social, mientras que en el 81 no contaba ni siquiera como factor auxiliar de intereses ajenos. Si el golpe del 36 iba en contra suya, el del 81 fue un ajuste de cuentas entre diferentes facciones del poder. Ni en los análisis más alarmistas la conflictividad obrera fue tomada en consideración por la sencilla razón de que era mínima. Los golpistas pasaron del proletariado porque no era más que una figura secundaria de la oratoria política, algo históricamente agotado.

Durante los años de la “transición económica” hacia las nuevas condiciones del capitalismo mundial —los 80— la clase obrera fue fragmentándose y resistiendo a escala local a su “reconversión” en clase subalterna, hasta el advenimiento de la huelga mediática del 14 de diciembre de 1988, que fue la señal de su liquidación como clase. En adelante nunca volvería a manifestarse de forma independiente, autónoma. El movimiento antinuclear y el movimiento vecinal habían acabado un lustro antes. Durante ese periodo se consumó la ruptura entre los obreros adultos, mejor situados en las fábricas, y los obreros jóvenes, peones y precarios, que impulsaron las primeras asambleas de parados. Esa fractura condujo a la crítica radical del trabajo asalariado, deteriorado en extremo, o lo que viene a ser igual, al rechazo del trabajo como actividad humana. Fue una auténtica ruptura, pues hasta entonces la conducta de los trabajadores se fundamentaba en una cierta ética del trabajo.

Más o menos por ese tiempo se desarrolló fuera del mundo laboral un medio juvenil preocupado por la okupación, la represión, la contrainformación, el ecologismo, el antimilitarismo, el feminismo, etc., al que la movilización estudiantil de 1986-87 dio un fuerte impulso. Tras el sometimiento definitivo de los trabajadores a las nuevas condiciones económicas y políticas del capital, el centro de gravedad social se desplazó de las fábricas a los espacios de relación juveniles. En ese

medio y en plena decadencia de las ideologías obreristas la cuestión social perdía su carácter unitario y se disgregaba, replanteándose sus pedazos como problemáticas particulares. Los jóvenes rebeldes ni tenían detrás una tradición de luchas sociales, ni podían atenerse a una ideología concreta, marxista o anarquista, y más allá de un vago antiautoritarismo no sabían qué hacer con el fardo de experiencias que la clase obrera les había librado gratuitamente; eran herederos involuntarios de tareas históricas imposibles de asumir dado la escasa profundidad de su crítica, la inestabilidad de sus efectivos y la estrechez de su medio. Todos los esfuerzos por coordinar actividades, fomentar debates y conectar con luchas urbanas tropezaron con los mismos problemas: la dispersión, la ausencia de pensamiento, el compromiso relativo, la falta de referencias, el enclaustramiento... Al no resolverse, conforme desaparecían las luchas reales, el medio juvenil se estancaba y en él campaban a sus anchas la indefinición, la pose, los tópicos contestatarios y la moda alternativa. Se revelaba como un medio de transición para una vida adulta integrada, como el instituto, la FP o la universidad. La palabra revolución dejó de tener un significado preciso. Los intentos habidos entre 1989 y 1998 por superar ese *impasse* teórico fueron puramente organizativos, formalistas, a base de “campañismo” y encuentros, por lo que a la larga resultaron un fracaso. Así terminó lo que se conoció como “área de la autonomía”.

A fin de recomponer una visión crítica unitaria del mundo y dotar de contenido al proyecto revolucionario, se tenía que haber llevado a cabo una reflexión profunda sobre los logros y los fracasos de las luchas precedentes, por no mencionar los sorprendentes cambios que experimentaba el capitalismo. Pero antes incluso de analizar todo eso, había que haber efectuado una crítica despiadada al propio medio, a sus inocuidades, a su frivolidad y a su falta de coraje intelectual, con el fin de depurarlo tanto de adherencias sentimentales burguesas como de lugares comunes y prácticas militantes. No se hizo, o no se hizo lo suficiente, y el medio se degradó, amalgamándose con el izquierdismo posmoderno y el patriotismo periférico, quienes trataban de reconstruir a toda prisa un nuevo espacio social “ciudadano”, el terreno de las plataformas cívicas y de las asociaciones de vecinos, abandonado por los partidos y sindicatos al incrustarse en el aparato de la dominación. Las movilizaciones contra la Guerra del Golfo y por el NO a la OTAN, las campañas por el 0’7%, por la renta básica o por los zapatistas, fueron las primeras martingalas de ese intento de acercamiento a la política institucional que en 1997 cristalizó en el “ciudadanismo”. Se alumbraron nuevas “plataformas”, se liberaron “espacios”, se constituyeron “colectivos” y “redes” y se celebraron “fóruns” que redescubrieron los encantos del sindicalismo minoritario, del nacionalismo, de las

ONGs, de las subvenciones y de las instituciones estatales. Las nuevas tecnologías proporcionaron la estructura mínima para garantizar las apariencias de movimiento. De la escala local se pasó sin transición a la escala internacional. El gueto juvenil se vio de pronto sumergido en la ludopatía de los conciertos, raves, marchas, acampadas de verano, etc., para ir a morir a los movimientos contra cumbre y contra la guerra, verdaderos estados generales de la confusión y la recuperación, que, después de Génova, se convirtieron en la quinta rueda del carro electoral de la socialdemocracia. Internet había creado en las masas juveniles la ilusión de una comunidad mundial provista de un proyecto de cambio social, mientras que el turismo antiglobalización fomentaba la quimera de un movimiento anticapitalista. Pero lo que las telecomunicaciones facilitaron fue un espacio virtual, y por consiguiente irreal, donde verter la frustración y la miseria espiritual de miles de personas, de forma que la abundante base social sobre la que erigir una causa quedase atrapada en las redes de la inexistencia. Y mientras se generalizaba el espectáculo de un movimiento, las líneas de comunicación directa subsistentes quedaban irremisiblemente dañadas, como demuestra la desaparición de revistas, el cierre de locales, librerías o editoriales, la decadencia de las asambleas, el vaciado del lenguaje, la evaporación del compromiso social, etc.

>La protesta juvenil como forma de ocio<

La tecnología como sistema global, como medio que abarca toda la actividad social, ha tenido un efecto más marcado en los jóvenes, el sector de la población más permeable a la influencia de los artilugios. Los jóvenes, a partir de 1995, son hijos de las nuevas tecnologías más que de sus padres. Aquellas son su segunda naturaleza en la que tan a gusto se encuentran, y que no ven como causa de su miseria moral sino como la base de su libertad. Piensan como viven; ahora bien, como la manera de vivir es impuesta, la manera de pensar no es libre: es el capitalismo quien pone el ordenador encima de la mesa y quien aparca el coche frente a casa. En tanto que consumidores recién estrenados se han convertido en la vanguardia del espectáculo. Por primera vez, y gracias a las tecnologías de la comunicación, irrumpen como masas, aportando al espectáculo de la acción los rasgos psicológicos de la adolescencia, a saber, el culto del presente, el rechazo del esfuerzo y de la experiencia, el narcisismo, la búsqueda de la satisfacción inmediata, la confusión entre el ámbito privado y la vida pública, entre lo serio y lo lúdico, etc. Lejos de sentir como suya la lucha contra la opresión social tecnológicamente equipada, lo que realmente sienten es una inmensa necesidad de entretenimiento. Profundamente despolitizados, salen masivamente a la calle a divertirse luciendo su pañuelo palestino, escenificando su falsa generosidad y proclamando su compromiso volátil. En la sociedad del espec-

táculo la protesta es una forma de ocio y el *pathos* trágico de la lucha de clases ha de retroceder ante la comicidad, el desenfado y la fiesta, formas genuinas del espíritu neocontestatario que ha hallado en las cacerolas, en el maquillaje y en los silbatos sus mejores medios de expresión, y en el *software*, los *blogs* y los teléfonos móviles, sus mejores armas.

La tecnología no es neutra; es inseparable de la opresión, no sirve para otra cosa. Todo progreso tecnológico bajo el capitalismo es un progreso de la opresión, pero nadie parece entenderlo. Al contrario, por las pantallas de los ordenadores surgen pensadores apologéticos y vendedores al pormenor del nuevo capitalismo tecnológico dispuestos a caminar por las sendas trilladas y a discurrir por los cauces inocuos de la falsa conciencia. Ideologías de la sumisión a los imperativos de la economía mundial como el negrismo, el castoriadismo¹, el ecologismo, o los productos de las marcas IPES y ATTAC², circulan para derribar conquistas intelectuales básicas, para echar por la borda todo el bagaje teórico de las luchas, y en general, para extirpar la memoria histórica. Como coartada ideológica se ha buscado un proletariado de sustitución en los seres inermes y amorfos califi-

¹ No me refiero aquí a la tendencia de Cornelius Castoriadis de *Socialisme ou Barbarie*, sino al pensamiento gelatinoso que desarrolló posteriormente, que no es más que una defensa idealista del democratismo burgués (*N. del A.*).

² IPES se refiere al colectivo posleninista de Agustín Morán, suministrador de ideología para los seudomovimientos alterglobalizadores.

ATTAC, Asociación por la Tasación de las Transacciones y por la Ayuda a los

cados de multitud, movimientos sociales, ciudadanía, sociedad civil o simplemente “la gente”. El nuevo sujeto histórico es pura ficción puesto que el verdadero fue liquidado por el capitalismo, pero su imagen ficticia es necesaria porque el espectáculo del combate social necesita un fantasma; su legitimidad no puede apoyarse en una clase real sino en una de prestado. Una clase imaginaria era apostada en el terreno del espectáculo, puesto que ni ella es clase, ni su lucha es lucha.

Al optar por la protesta encarrilada y falaz, los nuevos ideólogos apostaban realmente por PRISA³ y la socialdemocracia (y lo sabían). No querían enfrentarse a nada; no aspiraban a cambiar el mundo sino a parti-

Ciudadanos. Se originó en Francia en 1998, como grupo de presión para restringir la volatilidad de los mercados de capitales. En opinión del autor, en la práctica sólo intenta revitalizar tácticas estatistas, proponiendo el control de los mercados financieros, la supresión de los paraísos fiscales y la condonación de la deuda externa de los países del tercer mundo. No se define como un grupo antiglobalización, sino todo lo contrario: defiende una inalcanzable política de globalización en la que los países menos favorecidos puedan acceder a la regulación de los intercambios en la misma medida que los grandes centros del capital internacional. Algunos miembros destacados son: Ignacio Ramonet, Noam Chomsky, Susan George (*N. del E.*).

³ PRISA (Promotora de Informaciones, S.A) es el grupo de medios de comunicación-editorial más grande de España. Cofundada por José Ortega Spottorno en 1972, y presidido en la actualidad por el hijo de Jesús de Polanco, su consejero delegado es Juan Luis Cebrián (antiguo Director de El País). Algunos medios pertenecientes al grupo son: Diario As, Cinco Días (información económica), radio SER, Los 40 Principales, M80 Radio, Cadena Dial, Máxima FM, Radio Olé, Sogecable (que incluye la televisión en abierto Cuatro, Digital+), Pretesa (que alberga la red de televisiones locales Localia), y el conglomerado editorial de Grupo Santillana (Santillana, Alfaguara y Taurus. Cotiza en el índice Ibex 35 de la Bolsa de Madrid (*N. del E.*).

cipar en su gestión. Con ellos, otra gestión capitalista era posible. Los foros sociales y las concentraciones anticumbre eran los puentes de diálogo con el poder. Su lenguaje confluía en un panegírico del orden: con las fórmulas verbales adecuadas, el plomo de la nimiedad –votar, enviar mensajes, navegar por la red, amontonarse– se transmutaba en el oro de la lucidez histórica y el heroísmo. Tal disparatado discurso cubría una indecente actitud colaboradora, por eso en la medida que definían una política “desde abajo a la izquierda” ésta era la política de siempre. En realidad nos decían que una vía más asistencial hacia el totalitarismo era posible, para lo cual otra burocracia era necesaria, una que mediara entre la clase dominante y las masas. Sin embargo, sentarse sobre las masas es como sentarse sobre un dedo. No son ni pueden ser un sujeto político dispuesto a seguir al primer flautista de Hamelin que se presente. Las masas no quieren hacer política, quieren ser objeto de la política; no quieren cambiar la sociedad, en todo caso quieren que alguien se ocupe de ellas. Para eso son masas y obedecen al poder sin necesidad de guías especializados.

>El presente retrospectivo<

Los efectos de la globalización capitalista –la transformación de las clases en masas, la invasión de la vida cotidiana por artefactos o la juvenilización de la protesta– habían hecho del mundo real algo ininteligible.

Tanto los rebeldes como los resignados fueron arrojados a espacios intelectuales inexplorados y extraños, donde las ideas de antes no funcionaban. El hundimiento de las viejas ideologías, provocaba molestas sensaciones de incertidumbre y de impotencia, inspirando hostilidad y rechazo. La eternidad de la lucha de clases era un tabú intocable para la ortodoxia continuista; la existencia de una clase portadora de los ideales libertarios estaba fuera de cualquier duda, puesto que si se prescindía del concepto, el edificio teórico por él sostenido se desmoronaba. Pero como los hechos eran tozudos, la clase obrera, como clase capaz de aprehender la totalidad de los fenómenos sociales y por lo tanto capaz de organizar la sociedad de acuerdo con sus deseos, iba evaporándose, convirtiéndose en un lugar común de la verborrea obrerista, en un dogma de consolación, un tópico para burócratas impotentes. La agitación social que se mantuvo en esas posiciones se desconectó de la realidad, degradándose y quedándose al margen, dando pie a tertulias inocentes o a sectas fundamentalistas. La alternativa a la fe, a falta de una verdadera crítica del periodo final de la lucha de clases, a falta de una crítica de la recuperación posmoderna, a falta del restablecimiento de una perspectiva histórica de los combates sociales, tenía que ser otra fe. Así los nuevos remedios del sectarismo, habrían de ser forzosamente sectarios. Hubo intentos verdaderamente cómicos de restaurar la ideología leninista, voluntaristas

anclajes en el anarcosindicalismo y sospechosas reposiciones del situacionismo y del naturismo, ahora llamado primitivismo. Por una astucia de la dominación, la memoria del pasado lejano servía para ocultar el pasado cercano y mistificar el presente. Para los ortodoxos y para los innovadores no había más tarea que introducir los pedazos de realidad en sus perreras ideológicas, para conseguir convicciones reconfortantes y tranquilizadoras, una huida hacia atrás que se resolvía en dos alternativas igualmente delirantes: la posmodernidad “plural” y tecnófila de la ideología nueva, y la fosilización contemplativa de la ideología vieja.

>Crítica del insurreccionalismo ibérico<

Frente a las ideologías paralizantes o conformistas, los rebeldes sinceros reaccionaron dando un salto hacia delante en el activismo. Se declaraban partidarios del enfrentamiento inmediato con el sistema y por lo general se despreocupaban de las contradicciones que oscurecían e impedían la reformulación de la cuestión social, planteando la supremacía de la acción práctica sobre la reflexión y reduciendo ésta a una actividad subalterna. Desconectados de las aspiraciones radicales del pasado, no sabían lo que querían, pero sabían muy bien lo que no querían. No querían el capitalismo y desconfiaban de las ideologías que servían a los burócratas. Sin pretenderlo, con su nihilismo, la crítica social quedaba disminuida a propaganda, simplificada

en análisis, fórmulas y consignas del estilo de las “tesis insurreccionalistas”. Caían en un pragmatismo de otro tipo que comportaba un empobrecimiento de la crítica y por consiguiente, de la propia acción. El menosprecio del pensamiento es el de la estrategia. La acción solía privilegiar uno de sus momentos, el choque, y se olvidaba de los demás. Aparecía como respuesta inmediata independiente del lugar, del tiempo y de la oportunidad; puntual, minoritaria y violenta. La acción devenía de este modo un fin en sí misma, más necesitada de técnica que de ideales. Y ésta no trataba de delimitar campos para lograr un terreno donde los oprimidos ejercitasen la libertad, sino que pretendía ser un acto ejemplar susceptible de despertar admiración y tener imitadores. El grado de destrucción conseguido determinaba la calidad, pues el fetichismo de la acción inducía a la mistificación de la violencia y asimilaba ésta al radicalismo, confundiendo con frecuencia dominación con represión y sobrevalorando el papel de la policía.

El estado de ánimo activista nacía tras una ruptura generacional profunda que había impedido la comunicación de experiencias revolucionarias pasadas y cercanas; así pues, los jóvenes antiautoritarios partían de cero y sus errores eran fruto de la cobardía y la traición de otros. Igual que hemos criticado los puntos débiles de su proceder, reconocemos su generosidad y su valentía, su disposición a correr riesgos, que como una

ventolera de aire fresco barrió de la escena social el apoltronamiento ideológico. Finalmente, por el duro camino que iniciaron, muchos encontraron las ideas que necesitaban. Merecen nuestro respeto, especialmente aquellos que sucumbieron a la represión. Sus presos son nuestros presos.

>El peligro de la precarización organizativa<

En los medios activistas, a la falsa oposición entre teoría y práctica le correspondía la contraposición entre organización de masas y agrupación informal. Hasta entonces la organización siempre había significado fuerza; no negaba la informalidad sino que la complementaba: la sociabilidad de clase, los entramados de ayuda mutua y solidaridad, el compañerismo, la entrega... proporcionaban a la organización solidez a la vez que la impedían degenerar en burocracia. Evidentemente las estructuras informales son hoy la única forma posible de organización porque las bases informales que constituían los cimientos de formas más coordinadas han sido destruidas por el enemigo, y, sobre todo, porque el medio juvenil radicalizado es tremendamente informal, es decir, muy poco consecuente. La enorme dificultad que existe para que los individuos entablen relaciones transparentes y se comprometan con la causa de la libertad obliga a ser muy flexible en cuestiones organizativas, pero eso no es un logro, sino una condición impuesta por el deterioro de las

personas y de las luchas. Es una táctica debida a la falta de compromiso duradero y a las cotas bajas de responsabilidad. Los niveles de organización están subordinados al desarrollo de la conciencia de clase y esta depende de los combates sociales. La estructura informal domina cuando no hay clase manifiesta, las fuerzas son débiles y dispersas y el grado de autodisciplina es mínimo. La organización es por consiguiente un proceso que está en función de la generalización y la radicalización de las luchas, ambas cosas necesarias para la aparición de proyectos revolucionarios de envergadura. Por otro lado, la informalidad no es una vacuna contra la burocracia; la burocracia puede muy bien funcionar informalmente. Tampoco es un remedio contra la infiltración; los provocadores saben manejarse tanto por esos medios como por los otros. Son otros factores los que cuentan: la experiencia, la calidad humana, la astucia... Lo que desde luego no se puede hacer informalmente es pasar a la ofensiva, pero por desgracia, estamos lejos de poder permitirnos algo parecido a eso.

A lo largo de los últimos veinte años, el espacio juvenil no ha podido sustituir al desaparecido medio obrero, degradándose a su vez por culpa del espectáculo. Por eso los ateneos y los centros sociales ni siquiera han llegado a lo que fueron en otro tiempo los locales sindicales para los explotados. A pesar de los esfuer-

zos no han logrado convertirse en centros de formación y difusión de ideas, lo que deja entre sus asiduos un aire de frustración que no puede disimularse. Lo más probable es que en ellos aprendan Linux o cocina vegana antes que historia social o prácticas de resistencia al capitalismo. No son del agrado del orden establecido, pero si recordamos la frecuencia con que antaño se clausuraban los sindicatos, escandaliza ver hasta qué punto son tolerados, es decir, hasta qué punto son inofensivos. Existen excepciones muy honorables con un alto grado de compromiso social, pero incluso ellas han tenido que hacer concesiones al juvenilismo y contemporizar bien con las camisetas, bien con el punk quinceañero, con las “performances” o con la informática. Como los viejos centros recreativos o las asociaciones de vecinos, han quedado absorbidos por la dinámica de supervivencia en ambiente hostil. La logística del saber vivir y la pedagogía de la revuelta son funciones que se les han escapado; desde un punto de vista subversivo, nadie sale de ellos “peor” de lo que ha entrado, y eso debiera preocupar a sus impulsores.

La solución pasaría por un replanteamiento crítico de su actividad que no debiera tener otro objetivo que el de mantener un nivel elevado de conciencia social en condiciones que sabemos son extremadamente desfavorables. Habría que sacar el mejor partido de la experiencia histórica, reanudando la tradición de los oprimidos e inspirándose en ellos. No hacer concesio-

nes a las modas, no someterse a los estereotipos, no caer en el buen rollo; en definitiva, ir derechos a la raíz de las cosas. Pero sólo van derechos los que saben reconocer dicha raíz y tal conocimiento no está adscrito a ninguna etapa particular de la vida. Tan cierto como que hay jóvenes más inmundos que los viejos y viejos que no tienen edad.



[Charlas en la librería Sahiri de Valencia, el 11 de marzo, en el centro social Atreu! de La Coruña, el 10 de abril, y en la Jornada del Llibre a Viladecans, el 23 de abril de 2006, con motivo de la presentación del libro “Golpes y Contragolpes”.]

Las victorias del capitalismo en las últimas tres décadas han supuesto cambios tan drásticos que las fórmulas clásicas del anarquismo y del marxismo, siquiera en su versión situacionista, no son suficientes *per se* para aclarar la naturaleza del mundo donde nos encontramos. La posición marginal de las minorías rebeldes y la ignorancia de la distancia existente entre los años sesenta y el dos mil, dificultan enormemente una lectura correcta del presente a la luz de tales teorías. A menudo se produce una apreciación optimista del momento a la que acompaña una identificación ilusoria con los movimientos contemporáneos de protesta. Dichas minorías tienden a considerarse el brazo local de los parados felices, de los piqueteros, de los *aarch*, o ahora, de los jóvenes incendiarios de las *cités*, sin detenerse a pensar que nada de todo eso puede entenderse si no se comprende primero el sometimiento complaciente y casi total de la población occidental a las condiciones extremas marcadas por el poder. Los rebeldes de hoy han de saber que, si han heredado algo, han sido sobre todo las derrotas.

No existe una línea continua que, pasando por la revolución rusa y la española, camine sin rupturas desde la Comuna de París hasta Mayo del 68 y la época

del Black Bloc⁴. La historia no es un *continuum* como pretende el poder dominante o como afirman los epígonos de teorías pretéritas, sino una sucesión de imprevisibles catástrofes cuyo horizonte es el presente. El presente es la clave de las ruinas del pasado. Éste se revela verdaderamente despertando en él. En la cima del presente se halla la perspectiva adecuada. Desde ella trataremos de establecer la última fractura histórica subrayando las diferencias sustanciales que separan la sociedad actual de la sociedad de clases.

Para orientarnos mejor repasaremos las definiciones más características. Marx y Weber calificaron a la sociedad de “industrial” apuntando a las industrias como la principal fuente de riqueza social. El término se sigue empleando en la actualidad a pesar de que industrias hay cada vez menos. Algún sociólogo intentó remendar el problema hablando de sociedad “post industrial” de la misma manera que después del 68 los apologistas de la dominación hablaron de “post modernidad”, pero quienes continúan usando el adjetivo de “industrial” responden que la desaparición de las fábricas no afecta al concepto, puesto que lo real-

⁴ El Black Bloc es un reagrupamiento de anarquistas y grupos de sensibilidad anarquista, que se organizan para una acción particular de protesta. Más que una organización, un Black Bloc es una táctica, una estrategia para la desobediencia civil. La esencia de un Black Bloc cambia de una acción a la otra, pero los objetivos principales son asegurar la solidaridad ante un estado policial represivo y hacer circular el mensaje crítico anarquista en cada protesta particular (*N. de la E.*).

mente industrial es el modo de vida de los individuos. “Sociedad de consumo”, término popular en los años sesenta, hace hincapié en la actividad que ha desplazado en importancia a la producción y que ha determinado la esclavitud consentida de la mayoría de los asalariados. “Sociedad del espectáculo”, definición desarrollada por Guy Debord, alude a las relaciones sociales mediaticizadas no por cosas, sino por imágenes. El espectáculo es la forma moderna de la alienación. Jacques Ellul prefiere “Sociedad tecnológica” porque la tecnología es la fuerza que impulsa los cambios y provoca las catástrofes. La tecnología no es un conjunto de destrezas, herramientas y máquinas, sino un sistema compuesto por los resultados técnicos de la ciencia aplicada que conforma una segunda naturaleza. En ese sentido otros han usado el término más neutral de “Sociedad del conocimiento”, con evidentes razones oscurantistas. Finalmente, la “Sociedad de masas” hace referencia al producto de la disolución de las “clases peligrosas”, el estado disgregado de la población asalariada, que es el fundamento más sólido de la dominación. Ortega y Gasset es el primer pensador burgués que aplaudió su advenimiento y en *La Rebelión de las Masas* estrenó el procedimiento de presentar los trazos más regresivos de un fenómeno social como los más avanzados. Cada término resultará el más adecuado según el contexto en el que se emplee, porque todos describen la misma cosa.

En la sociedad de clases predominaba la economía sobre todo lo demás y el intercambio de bienes era considerado como la actividad social por excelencia. La fuerza productiva principal era el trabajo, por lo que el movimiento obrero constituía un factor necesario en la transformación social. En la sociedad de masas domina la tecnología y las actividades sociales determinantes son la circulación y el consumo. La fuerza productiva principal en una producción automatizada son las máquinas, por lo que en los saberes científicos y técnicos reside el potencial transformador. El movimiento obrero, o no existe, o es irrelevante. La llamada “I+D” es el elemento estratégico fundamental del poder.

Las clases eran mundos aparte; constituían comunidades soldadas por la solidaridad, la voluntad colectiva y la conciencia, con sus propias reglas no escritas, sus tradiciones, sus medios de expresión y sus mecanismos de comunicación. En ellas, cada individuo era un ser único y, por lo tanto, insustituible. La sociedad de clases nació de la disolución de la sociedad feudal mediante la integración del trabajo al mercado. La clase explotadora era la burguesía; la clase explotada, el proletariado. Éste, espoleado por el hambre y la conciencia de su misión, era el sujeto de la historia. La vida burguesa se escindía en vida pública y privada; la vida de los trabajadores no era ninguna de las dos cosas. Su carácter social permitía que los deseos de los oprimidos confluyesen en proyectos emancipatorios.

Las masas pertenecen a un mundo unificado por el espectáculo, constituyendo agregados informes, sin lazos, sin raíces, sin experiencia y sin medios propios. Los individuos que las componen están aislados, no cuentan por sí mismos sino por el número, por lo que todos son intercambiables. La sociedad de masas nació de la disolución de la sociedad de clases por medio de la integración de la vida cotidiana en el mercado y la expansión acelerada del tráfico. La clase dominante es la oligarquía dirigente, un conglomerado jerarquizado y móvil de políticos, ejecutivos y expertos; el resto son masas dirigidas. Debido al incremento enorme de la productividad por el sistema tecnológico, parte de ellas son sencillamente excluidas. Las masas, amenazadas por el aburrimiento, la soledad y la exclusión, son un producto histórico, pero no un sujeto. No tienen más que vida privada; sus deseos son objetivo económico y en consecuencia son manipulados y explotados.

El proletariado fue capaz de formular un programa positivo de cambio social; su ideal era la igualdad y sus medios, la apropiación revolucionaria de los medios de producción, o sea, la autogestión del proceso productivo. Para combatir sus aspiraciones, los mercados nacionales hubieron de ser tutelados por el Estado que, por otra parte, se hizo cargo de los servicios sociales. La democracia fue la forma política habitual de la explotación económica, la cual descansaba sobre un pacto social; las formas dictatoriales y totalitarias se consideraban pasajeras y

excepcionales, en cambio, son las más apropiadas en una sociedad de masas. Las masas cuando se manifiestan, lo hacen de forma inconsciente, impulsadas por la rabia o el pánico, siguiendo una consigna cualquiera fijada desde el exterior; cuando no permanecen negativas lo más parecido al ideal que tienen es la seguridad. No son capaces de adoptar un programa a no ser que les venga desde fuera, porque el espectáculo ha secuestrado los medios para elaborarlo. No pueden discutir libremente ni formarse una opinión. De todas formas, la autogestión de la aberrante producción actual, de las aglomeraciones urbanas, de las centrales nucleares, de la manipulación genética, de los complejos lúdicos o comerciales, etc., es indeseable. La globalización acabó con los mercados nacionales y el Estado “del bienestar” está privatizando sus servicios. Aunque en la sociedad de masas se mantengan las apariencias democráticas, lo normal es el estado de excepción, la suspensión progresiva y silenciosa de las libertades formales y del derecho. El “ciudadano” es en realidad el “sospechoso”. En esencia, es una sociedad totalitaria.

Los obreros tenían en común su pobreza y la falta de decisión sobre sus vidas. Eso lo tenían claro. Su lucha nacía del desigual reparto de la riqueza social y del acaparamiento de la decisión por la burguesía. La experiencia de dicha lucha era acumulativa y se traduciría en conciencia de clase. Los mecanismos de control social empleados fueron el sistema de enseñanza, el reformismo político-sindical y el estalinismo.

Las masas, más explotadas, moralmente más pobres y con menos poder de decisión, conscientemente no tienen nada en común a no ser el miedo, bien administrado por la casta dirigente. Sus movimientos nacen de la sensación de peligro que causa el reparto desigual de los riesgos. Ulrich Beck habla en ese sentido de la “Sociedad del riesgo”⁵. Nacidos del desarrollo exponencial de las fuerzas productivas, los riesgos son el fruto envenenado del progreso tecnológico. Las masas son incapaces de acumular experiencia, por lo que frente a los riesgos y las amenazas parten siempre de cero, pero al mantenerse puramente negativas impiden la acción neutralizadora de los dirigentes. Esto hace que los mediadores como el voluntariado cooperante, la asistencia social y el ciudadanía no basten como medios de control social porque, aunque sean admitidos como espectáculo de la representación, la propia naturaleza refractaria de las masas los rechaza. Simplemente, las masas son incapaces de mantenerse unidas mucho tiempo detrás de alguien o de algo. Al perder la capacidad de razonar han perdido la capacidad de ser manipuladas por el discurso. Eso no quiere decir, tal como la proliferación de religiones demuestra, que no puedan ser manipuladas de otra forma, por ejemplo, a través del deseo, del sentimiento o del miedo, y que no puedan ser controladas mediante la tecnovigilancia y

⁵ *Sociología del Riesgo*, Ulrich Beck (1986). Beck define la sociedad del riesgo como una fase de desarrollo de la sociedad moderna, donde los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial. (*N. del E.*)

un suplemento de cárcel –el Estado “mínimo” de la globalización es el Estado penal.

La fragilidad de la dominación en la sociedad de clases provenía de fuera, de la existencia de una clase ajena a la burguesía destinada por su situación en el proceso productivo a subvertir su orden. El enemigo a combatir y domesticar era el proletariado.

La fragilidad de la dominación en la sociedad de masas proviene de sí misma, de la liberación de fuerzas destructivas que es incapaz de controlar. Ella es su propio enemigo; los enemigos que gracias al espectáculo consigue airear –los terroristas, los delincuentes, el fracaso escolar, los inmigrantes, la “naturaleza”, etc.– son ficticios. El modo de vida que impone con su corte de suicidios, accidentes de tráfico, síndromes atípicos, modernas pandemias, cáncer, enfermedades cardiovasculares, toxiinfecciones alimentarias, iatrogenias, etc., es el verdadero responsable de millones de muertes. Por absurda lógica, la sociedad de masas, para combatir los males que ella misma provoca, declara la guerra a otros. El establecimiento de zonas de defensa opacas en su interior por parte de los supervivientes rebeldes es una necesidad perentoria, puesto que para la dominación espectacular éstos constituyen una reserva “antisistema” de “enemigos”. Han de formar una especie de sociedad dentro de otra, en la que rijan los viejos valores de la amistad, la solidaridad y la libertad. En ella ha de quedar a resguardo la experiencia y la memoria, manteniendo una con-

ciencia histórica subterránea que deberá salir a la luz cuando el nihilismo de las masas la llame. Hacia dentro los resistentes han de cultivar los valores comunitarios, pero hacia fuera deben mantenerse totalmente negativos. Para cambiar la sociedad de masas hay que destruirla primero. La destrucción empieza por la interrupción del movimiento de la economía globalizada. La estrategia revolucionaria ha de debutar antes que en una huelga general, en un bloqueo de la circulación. Los primeros objetivos a ocupar no han de ser los lugares de trabajo sino las autopistas, los trenes y los puertos.



[Charla en la carpa de Can Fabra, el 2 de diciembre de 2005, durante las Fiestas Alternativas de Sant Andreu del Palomar (Barcelona).]

LA EVOLUCIÓN DE LAS CIUDADES BAJO EL DOMINIO DE
LAS FINANZAS

*“Las circunstancias actuales hacen intencionadas
todas las verdades”.*

Pedro Antonio de Alarcón

Todas las grandes ciudades europeas experimentan un crecimiento en mancha de aceite, derramándose en los municipios vecinos, mientras que sus centros se descomponen y vacían. Adoptan la forma de “donut”. La ciudad histórica se desteje socialmente, degradándose y encareciéndose a la vez. Las fábricas y talleres se trasladan a las áreas más alejadas de las coronas metropolitanas y aún más allá, al tiempo que la población desfavorecida, principalmente jóvenes obreros y viejos jubilados, se ve forzada a instalarse en guetos exteriores. El territorio urbano adquiere por todos lados la apariencia de un mosaico de parcelas yuxtapuestas de naves y almacenes, centros comerciales, adosados y bloques de vivienda barata, formando conjuntos inviables conectados por autopistas radiales y vías de circunvalación. La diseminación de los lugares de trabajo y habitación dispersa la población e incrementa la movilidad, y con ésta el derroche de suelo y energía, la demanda de infraestructuras viarias y la venta de automóviles. La organización del espacio sufre un cambio radical por el uso extensivo

del territorio, fruto del paso de una economía productora de bienes industriales a una economía productora de servicios. Lo que en términos laborales significa el paso del trabajo estable y el salario pactado al trabajo precario y mal pagado.

Vivimos bajo el imperio del capital financiero, lo que significa que todas las actividades han de someterse a las urgencias de las finanzas internacionales. En estas nuevas coordenadas de la economía, se trata de que los productos industriales salgan cada vez más baratos para que se puedan pagar los servicios. Los bajos precios industriales financian las actividades terciarias, como antes los alimentos baratos financiaban la producción industrial. La industria no es rentable sin los salarios depreciados de una mano de obra tercermundista; lo verdaderamente productivo ahora son los servicios y sus actividades asociadas, a saber, el *software*, el turismo y el negocio inmobiliario. Toda la actividad económica se orienta en esa dirección, con la colaboración involuntaria de los trabajadores: el ahorro originado de las rentas del trabajo es una fuente primordial de financiación. Los dirigentes de las grandes ciudades no las presentan ya como eficientes centros productores, sino como nudos bien comunicados de redes mundiales, con una gran oferta de espacio, ocio y servicios, sobre todo financieros. Eso hace que las grandes ciudades se transformen en parques temáticos y bazares masivos salpicados de oficinas. Es verdaderamente paradigmático que los solares de

la Unión Naval de Levante se hayan reservado para un World Trade Center valenciano. Sucede que las regiones metropolitanas ya no son grandes mercados de trabajo sino grandes mercados de capitales. Por lo tanto, a quien tienen que atraer, y en su caso, subvencionar, es al capital, y no al trabajo. La administración metropolitana no trata pues de adaptar el territorio urbano a las necesidades de una supuesta ciudadanía popular, en gran parte obrera, sino de servirse de él para fomentar un clima de negocios. La economía “social”, destinada a paliar los efectos del empobrecimiento, es simplemente una rama prometedora de los negocios. Las ayudas a la población arruinada, los equipamientos sociales y las zonas verdes irán para adelante si son negocios y sólo como negocios.

>La especulación como motor de la política<

El proceso actual de transformación de la actividad económica, política y jurídica llamado globalización se halla en su fase inicial, caracterizada por la deslocalización industrial y la especulación inmobiliaria. La primera es responsable de la flexibilización o ampliación de la jornada laboral y de la bajada de salarios, presentes en cada vez más convenios. Pero la domesticación de los obreros es ahora algo secundario porque éstos no son importantes en el proceso productivo. La segunda —la especulación— es el verdadero motor de la economía y de los mecanismos financieros en particular. Podríamos decir sin temor a equivocarnos, que también

lo es de la política. Tanto los dirigentes políticos como los financieros toman conciencia del papel del suelo escaso en un territorio colmatado y toman posiciones en el mercado inmobiliario. Tanto la administración como los bancos engordan con operaciones especulativas, bien estén relacionadas con obras públicas, bien con promociones privadas, ordenadas jurídicamente por una nueva ley del suelo de 1992. Sin embargo, la globalización –y por consiguiente, la conexión de la red internacional de ciudades– no puede seguir avanzando sin una circulación ultrarrápida y barata de mercancías y personas (o sea, de mercancías), y para ello son condiciones *sine qua non*, grandes infraestructuras por un lado, y por el otro, energía y combustibles baratos. Un problema que se puede solucionar con una combinación adecuada de geopolítica, industria ecológica, propaganda antiterrorista y guerras locales.

>Caso Valencia<

La marca registrada “Valencia”, aplicable al territorio comprendido entre Almusafes y Sagunto, produce manifestaciones de un urbanismo desenfrenado en todo semejantes al de Madrid, Barcelona y otras ciudades. La clase dominante es hiperactiva cuando se trata de dinero e intenta por todos los medios liberar terreno urbanizable, es decir, introducirlo en el mercado. El primer efecto ha sido la casi total desaparición de la Huerta de Valencia, de sus caminos y acequias, de sus marjales y

azudes, de sus molinos y de sus comunidades de regantes. El mejor jardín que jamás cobijó a una ciudad, su mayor seña de identidad, se ha desvanecido en solamente una generación.

La nueva clase dirigente halla su genuina marca en el desarraigo. El poder económico y político actual exige la desaparición completa de la economía agrícola valenciana, antaño fundamental en la formación de la burguesía local, y la terciarización absoluta. En la dirección de la ciudad, los terratenientes y exportadores han sido desplazados por una burocracia móvil del cemento y del asfalto. Dicha burocracia se asienta en la circulación, y por tanto necesita infraestructuras como el AVE (aplazado para después del 2010), la ampliación del metro, la prolongación de la avenida Blasco Ibáñez, los bulevares del tercer cinturón y la ampliación del puerto, sin olvidar el megaproyecto de Zaplana “Ruta Azul”, que, aunque aparcado, es el verdadero programa del urbanismo “concertado” entre promotores, constructores, inversores y políticos, en versión levantina. El traslado del aeropuerto de Manises, o la urbanización de la costa comprendida entre Sagunto y Cullera, son retales que difícilmente van a ser olvidados por los especuladores.

La Copa América juega en Valencia el papel que desempeña el Fórum de las Culturas en Barcelona. Remodelaciones urbanísticas feroces y demostraciones de un dinamismo políticoempresarial destinadas a lograr la domiciliación de grandes empresas y agencias estatales.

Con esos eventos se obtienen caudales para la reconversión del territorio que de otro modo no se obtendrían. Así puede proseguir el genocidio cultural de barrios como El Cabanyal, Velluters, El Carmen, Campanar o la Punta, la museificación de la Ciutat Vella –“Valencia, museo al aire libre” reza un eslógan publicitario– y demás proyectos “generadores de oferta turística” como la ciudad de las Artes y las Ciencias, que, como su nombre no indica, está destinada enteramente a los visitantes, o el Balcón del Mar, que también será un “contenedor de ocio”, como el Parque de Cabecera (con su gran estacionamiento, su zoológico y su parque de atracciones) y el parque Central, con su futura estación “intermodal”.

Los nuevos bárbaros quieren una salida automovilística al mar, tratar sus enfermedades en una nueva “ciudad” sanitaria, litigar en una “Ciudad de la Justicia” y divertirse en un “Heron City”. Nótese que el marketing tecnócrata empieza a designar como ciudad lo que no es más que un amontonamiento gigante de actividades relacionadas, adoptando el aspecto higiénico multijaula típico de los *shopping malls*.

>Urbs vs. civitas<

La ideología de la moderna clase dominante se manifiesta en los edificios y, de modo general, en su manera de adueñarse del espacio. Sus complejos monumentales encarnan sus valores y su contemplación nos sugiere jerarquía, artificialidad, fetichismo

tecnológico, sumisión, soledad, control, trivialidad, condicionamiento, consumismo. Los más completos son las Marinas d'Or. Todos tienen algo de cárcel, lo que resulta paradójico ahora, cuando la moderna arquitectura carcelaria quiere suprimir las torres de vigilancia, cosa que dará a las cárceles la apariencia exterior de hipermercados.

En resumen, la moderna clase dominante es autoritaria y fascista y sus construcciones son las de una sociedad de masas amorfas, es decir, que favorecen condiciones fascistas. La clase dominante construye para sí misma; a los habitantes no les cabe otro recurso que el de aprender a habitar su arquitectura. Acostumbrarse a vivir dentro de artefactos semejantes en aglomeraciones semejantes. A la postre, todo el territorio se estructura como un único sistema urbano y todos los lugares acaban pareciéndose. El hábitat es la traducción espacial de la desposesión. Los individuos proletarizados viven en un entorno constantemente modificado por los vaivenes del capital. A menudo son desplazados de sus barrios por planes de renovación urbana hechos por enemigos de clase y arrojados de sus viviendas y de sus calles si es preciso mediante el acoso o la expropiación. Todos los circuitos sociales ajenos al capital han de ser destruidos. Con la movilidad exacerbada impuesta a toda la población se duplican los efectos de la deportación: la desaparición de la vida social del barrio, la aniquilación de la cultura de la calle; los últi-

mos reductos de la conciencia de clase. La proletarización se completa con la motorización: el proletario automovilista jamás pone en duda el principio de la movilidad, sólo pide la supresión de los peajes.

Allá donde el proceso de reconversión urbana corre demasiado y tropieza con resistencias, tienen lugar luchas urbanas. Si son recuperadas por las asociaciones de vecinos serán desvirtuadas, aseptizadas y anuladas. La pacificación de conflictos urbanos no es una vocación reaccionaria de los militantes vecinales sino una actividad remunerada: las asociaciones están subvencionadas para eso. Son centros de activismo cívico no contestatario que desempeñan una función animadora más que reivindicativa, y que solamente aspiran a formar parte del engranaje de decisiones administrativo.

Si logran escapar a la recuperación de los mediadores, las luchas urbanas han de exigir como mínimo la presencia y el derecho a veto de los habitantes en todas las instancias cuyas decisiones les afecten. Pero éstos y sus representantes han de tener presente que se trata de luchas por el control del espacio social, por un uso social del espacio, uso solamente posible cuando los habitantes realmente se apoderen del espacio en el que viven. Sólo cuando el espacio urbano esté fuera de las trabas del capital será de nuevo productor de relaciones solidarias y de cohesión social en forma de asambleas y organismos diversos. Por lo tanto, la negociación, que es un momento de la lucha, ha de emprenderse en la

perspectiva de la autogestión del espacio, pero ésta no puede existir sino a través de estructuras necesarias de formación de la opinión y la decisión. Éstas no son otras que la movilización y las asambleas. Los luchadores que no sean capaces de movilizar a la mayoría de los afectados nunca poseerán representatividad suficiente. Las luchas que no descansen en las asambleas masivas serán siempre recuperadas.

Cuando hablamos de la autogestión del espacio, de la autoconstrucción si cabe, planteamos una delicada cuestión: la expropiación social del espacio. Las luchas urbanas han de arrebatar el territorio al poder urbanista, a los urbanistas del poder. Han de liberarlo *del* mercado, no *para* el mercado. Por consiguiente, han de resolverse mediante ocupaciones. En las ciudades sometidas al poder de las finanzas autónomas, la *urbs* (el asentamiento) está separada de la *civitas* (la comunidad de intereses), el territorio y la cultura ciudadana van por rutas diferentes, la elite se ha liberado del espacio y la población sobrevive ajena al territorio que la acoge.

El reencuentro de la colectividad y el espacio mediante la ocupación de masas, y la supresión de la movilidad frenética, son la base esencial de la autogestión territorial generalizada, la forma espacial de la emancipación.

[Charla en la librería Sahiri de Valencia y en el Ateneo Cultural "El Panical" de Alcoy, 24 y 25 de septiembre de 2004.]

*“Sin automóviles, sin aviones y sin altavoces
no habríamos podido apoderarnos de Alemania”*

Adolf Hitler

La pérdida de la conciencia de clase tras la derrota del último asalto proletario contra la sociedad capitalista obliga a trasponer la conocida tesis de Marx y decir que ya no se trata tanto de transformar el mundo sino de interpretarlo. Hoy más que nunca, para cambiar el mundo hay que comprenderlo. Repudiamos el activismo satisfecho de sí mismo, pero no negamos la práctica ni propugnamos una especulación complaciente, sino que, por el contrario, afirmamos la actividad teórica como la parte más importante de la práctica en el momento histórico en el que nos encontramos. Por basarse el proyecto de la dominación en la ininteligibilidad del mundo para que voluntariamente sea confiado a sus dirigentes, el proyecto de la liberación ha de ser exactamente el opuesto: volver al mundo comprensible de modo que sus habitantes puedan apropiarse de él sin necesidad de intermediarios. Para eso los hechos no son suficientes; hacen falta sobre todo palabras.

La victoria de la dominación capitalista entrañó dos cambios fundamentales: el predominio de la tecnolo-

gía y la aparición de las masas. Por tecnología no entendemos un conjunto de máquinas o de conocimientos prácticos que podamos usar o no, sino un determinado grado de desarrollo histórico de la técnica, la técnica asociada a la ciencia. Alcanzado ese punto, la tecnología es un medio, un entorno, un ambiente que engloba todas las actividades sociales del que nadie puede salir. En definitiva, la tecnología es un sistema total y universal.

Con el término de masas, concepto forjado por la Escuela de Frankfurt, nos referimos a la población surgida de la disolución de las clases. Se origina cuando las clases pierden su medio propio, su estilo, sus valores y su mundo debido al impacto de la técnica. Ambos cambios no han sido fruto de la fatalidad; son un producto histórico, dado en los años noventa después de dos décadas de crisis y revueltas.

Los inventos militares de la Segunda Guerra Mundial revolucionaron el transporte y las comunicaciones cuando pasaron al dominio civil. Si la tecnología hizo posible la industria, y por consiguiente, el proletariado, en un posterior momento de desarrollo acabó con ambos. Los automóviles, los aviones, los teléfonos, los electrodomésticos, la televisión etc., fueron innovaciones que alteraron profundamente los medios de producción y la vida cotidiana, dinamitando las clases. Durante los años sesenta sectores enteros de la clase obrera habían alcanzado un nivel de vida impensable

en épocas anteriores y los Estados acapararon amplios servicios sociales, de modo que, con la colaboración de los sindicatos, fue posible un largo periodo de paz social. El Estado “del Bienestar” convirtió la justicia, la salud, la enseñanza, las comunicaciones, los transportes y el ocio en poderosas maquinarias burocráticas. “La organización científica del Trabajo” se impuso en las fábricas y el consumo se multiplicó en los hogares obreros. La clase obrera se deslizaba hacia el reformismo y la vida privada, desagregándose. Pero los escollos que para la integración obrera en el sistema significaron las primeras medidas de modernización fueron la causa de que en el seno del proletariado se produjesen resistencias y rechazos, sobre todo entre los jóvenes, y de que aflorara una conciencia más profunda del papel de las máquinas y del trabajo, fruto de la cual fueron las revueltas del periodo comprendido entre 1968 y 1982. La subida de los precios del petróleo a principios de los setenta acompañó a la crisis que paralizó la industria y arrojó al paro a millones de personas. La reacción de la clase obrera fue reconducida y aniquilada. Sus luchas pusieron en marcha formas de organización nuevas (comités, asambleas, coordinadoras, piquetes) que no llegaron a consolidarse plasmando un proyecto revolucionario. El capitalismo financiero quedó vencedor absoluto. Las cuestiones que afloraron al lado del conflicto laboral, los derechos de la mujer, de los homosexuales o de los niños, la defensa de la naturale-

za, la protesta de los presos, la lucha contra la discriminación racial, etc., dejaron de considerarse aspectos concretos de la cuestión social y se convirtieron en plataformas de ideologías particulares compatibles con el sistema. Las finanzas se encargaron de la recuperación económica de los ochenta sobre nuevas bases: la reconversión industrial, la precarización del empleo, la privatización de los servicios estatales y la terciarización de la economía. Las economías nacionales se disolvieron en una economía mundializada gracias a los ordenadores y a internet. La tecnología se convirtió en el factor determinante de la sociedad capitalista porque la fuente del valor ya no era el trabajo humano sino la invención y la innovación técnicas. La técnica era la fuerza productiva principal.

A partir de ese momento, la economía dependía absolutamente del progreso técnico. La tecnología se institucionalizó y devino autónoma, capaz de autoengendrarse. Las instituciones sociales empezaron a legitimarse actuando de otra manera, de manera técnica. Al ser excluidos los obreros del proceso productivo por la automatización, al no constituir ya una comunidad de productores, la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción quedó técnicamente suprimida. Las relaciones sociales bajo el capitalismo global eran las más favorables para el desarrollo de las fuerzas productivas. La contradicción residía por una parte, en la producción misma, esencialmente destructora del medio y

de la vida, imposible de servir para fines liberadores, y por otra, en la fuerza productiva técnica, la propia tecnología, cuyo desarrollo autónomo engendraba catástrofes.

La tecnología acentuó la división internacional del trabajo, “deslocalizando”, es decir, enviando a la periferia del sistema a la lucha de clases, para que se amalgamase con arcaísmos ideológicos de todo tipo, nacionalismos, indigenismos, cuestiones raciales o religiosas, tradiciones precapitalistas, etc. Si las complicaciones generadas por dicha división pusieran en peligro los intereses dominantes, entonces éstos recurrirían a la solución militar, la solución técnica por excelencia. La guerra es la continuación de la política —y de la economía— por medios técnicos. Entre la economía, la política y la guerra, las diferencias son de grado. Ya no es que el poder se volviese técnico sino que la tecnología se volvía poder; definía y justificaba los nuevos intereses dominantes. Las nuevas relaciones sociales y con ellas la explotación, la falta de libertad, el sufrimiento, la guerra, etc., eran presentadas como un hecho técnicamente necesario en una sociedad racionalizada.

A partir de entonces se utilizaría una fraseología técnica para formular cualquier cuestión porque bajo la tecnología convertida en dominio todos los problemas son técnicos. Por consiguiente, la nutrición, la salud, la libertad, el bienestar, la cultura o el deseo, serán susceptibles de tratamiento técnico y deberán reconciliarse con la técnica para ser viables.

>Sociedad de masas: totalitarismo seudodemocrático<

La nueva sociedad, cualquiera que sea la apariencia política con que se muestre, es una sociedad totalitaria, fascista. El totalitarismo no es sino la exageración lógica del estado tecnológico de la sociedad moderna. Este totalitarismo de nuevo cuño es el producto de un definitivo salto adelante de la tecnificación. El sistema tecnológico se superpone a la sociedad de clases y la absorbe. Toda la sociedad se convierte entonces en un campo de pruebas donde se experimentan toda clase de novedades. Sobreviene la anomia social, es decir, la descomposición de las clases en masas. El totalitarismo moderno reposa en esa transformación. Totalitario es el régimen que se apoya en la movilización masiva de elementos atomizados y aislados, el régimen cuya supervivencia depende de su capacidad de mantener todo en movimiento. Las masas han sido fabricadas con la destrucción de toda sociabilidad, de toda forma de poder de base, de cualquier institución o expresión horizontal, de la menor solidaridad de grupo, etc., mediante el confinamiento en la vida privada, el movimiento incesante, la descarga emocional y el control. El cambio, la moda, la novedad, el reciclaje, el vehículo, la carrera hacia la oficina, el hipermercado, el estadio, las urnas... son el alma del fascismo contemporáneo. El movimiento perenne consigue que las masas sean maleables y se las oriente en la dirección deseada. Y ocurre que la tec-

nología que todo lo modifica y lo reinventa, obliga a constantes readaptaciones; en pocas palabras, exige movimiento. La tecnología proporciona a la opresión el dinamismo que necesita. Todo ello ha sido menos la obra de taimados dirigentes la de la lógica impersonal del sistema tecnológico que coloniza la vida cotidiana y facilita la penetración del espectáculo, de modo que los obreros dejan de ser un mundo aparte y sus comportamientos sociales se vuelven idénticos a los de sus dominadores; aunque las jerarquías se mantengan, no sólo los gustos, sino las enfermedades típicas de los ejecutivos, son ahora gustos y enfermedades de los trabajadores. Hay diferencias de categoría, pero no de estilo.

El urbanismo es un medio eficaz de dispersión y reclusión, es decir, de masificación. Las masas viven en conurbaciones, no en ciudades. El espacio se redistribuye según criterios verticales: los dirigentes tienden a ocupar los centros y la población se traslada al extrarradio, pero el bienestar ha quedado definido para todos como una privatización bien equipada.

Cada época produce la gente que necesita; la nuestra no ha dejado de producir, a uno u otro lado, hombres fascinados por la técnica, criados en su ambiente, con la forma de pensar condicionada por el medio artificial y urbano en el que viven. La policía es sólo un complemento, pues gracias al sentimiento generalizado de impotencia que genera la soledad, el control ha sido interiorizado por la mayoría. Ni la experiencia ni los

argumentos afectarán a las masas o modificarán su conducta; el movimiento trabajo-consumo-evasión suprime el tiempo verdaderamente libre y destruye tanto la facultad de tener una experiencia como la capacidad de raciocinio. Las masas viven presas del presente, no tienen memoria porque no tienen pasado ni futuro. No se apropian entonces de una verdadera ideología fascista, simplemente son incapaces de distinguir entre realidad o ficción, verdad o engaño, presente o pasado. Se han emancipado de la experiencia y del recuerdo.

Contrariamente a las clases, las masas son indiferentes, no tienen vida pública ni opinión política y, por lo tanto, no pueden formular intereses comunes ni unirse tras un mismo objetivo. Bajo cualquier apariencia política que se presente la dominación, el individuo-masa es sólo una pieza del mecanismo social sin un lugar concreto en el mundo, inútil, superfluo, sustituible. Ese sentimiento de inutilidad, vacío y desarraigo mora en las masas y las hace mucho más explotables. Para las masas no hay un dentro y un fuera del trabajo. Todos los momentos de la vida de las masas son objeto de explotación y en eso también se diferencian de las clases.

>El triunfo de la ideología del progreso<

El totalitarismo puede adoptar maneras democráticas y permitir un cierto juego político. Pero al tecnificarse la manera de gobernar y de hacer política se borran las tradicionales diferencias entre democracia y dicta-

dura. La técnica no es neutral, pero neutraliza cualquier actividad social, como por ejemplo el gobierno o la protesta. No busca participación, sino productividad, rendimiento, eficacia, número. Por un lado, cosa de los profesionales, los expertos, los técnicos; por el otro, pura trivialidad y entretenimiento. Todos los partidos, todos los bandos, son técnicamente uno mismo. No significa el fin de las ideologías, sino el triunfo de una ideología, la del progreso, la del espectáculo, la de la técnica. La sociedad tecnológica es una sociedad sin sujeto y querer fabricar uno ensalzando el espectáculo de masas significa militar por el fascismo dominante. Las masas son el objeto del nuevo totalitarismo; la “multitud”, la “ciudadanía”, la “clase obrera” o el “género humano” son meros trasuntos apologeticos suyos. Las formas de la falsa conciencia alternativa, las ideologías contestatarias, pueden ser obra voluntaria de servidores de la dominación, pero a menudo son simple expresión de esa incapacidad de saber distinguir entre realidad y ficción propia de las masas.

Las ideologías no son la condensación de un pensamiento incompleto o de una crítica mal elaborada, sino un rompecabezas de tópicos diversos originarios de ideologías anteriores. El individuo-masa no encontrará contradicción alguna entre su conservadurismo cotidiano y su “utopía” particular. Tampoco le supondrá mayor problema pasar de una a otra o amalgamar

dos o tres. Las ideologías son mecanismos psíquicos de adaptación. Ya no reflejan las aspiraciones de segmentos concretos de población, o sea, de clases o de fragmentos de clases, sino la variadísima floración de aberraciones mentales que la esquizofrenia de las masas puede producir. En consecuencia, la falsa protesta puede volverse sin problemas más y más espectacular, más y más juego de rol, medio de evasión.

A pesar de las apariencias, no existen diferencias de fondo en las modas ideológicas. Todas ignoran el tiempo y por consiguiente la Historia, por lo que todas creen posible la marcha hacia atrás. Por ejemplo, los “alterglobalizadores” defienden las condiciones políticas y económicas del periodo preglobalizador, aquél en el que el poder económico se legitimaba a través de los pactos sociales, manteniendo el sistema tecnológico actual y el deplorable estado de las masas. Si lo primero les ha llevado a convertirse en peones de la política tradicional, lo segundo les ha puesto en la trinchera del capitalismo duro, así, sin querer o queriendo, cuanto más se han acercado a la realidad, más circense se ha vuelto su actuación y más vacío ha quedado su programa. Otros rebeldes de pacotilla han defendido retornos más improbables con resultados similares. Aunque vivan sólo en presente, o quizá por eso, tienen pánico del presente. Lo característico de todos es su forma de protegerse de la realidad, la creencia en una Edad de Oro. Este sector insatisfecho de las masas dolientes

piensa que cualquier tiempo pasado fue mejor. Para los ciudadanistas, es la época del Estado nacional, el periodo de la democracia burguesa templada en la burocracia, a la que llegarán cabalgando en adelantos tecnológicos. Los tecnófilos de la fe obrerista la sitúan en la Rusia de 1918, en la España del 36, o en Mayo del 68, lugar que alcanzarán cuando el “proletariado” se apodere de los actuales medios de producción. La minoría tecnófoba, que al menos ya no cree en la autogestión de la tecnología, apunta más lejos, al Renacimiento, a la Edad Media rural (menosprecio de Corte, alabanza de aldea) o al Paleolítico (arriba la caza y la recolección, abajo la agricultura) como lugar donde moraba la virtud. Como nostálgicos del pasado, para ellos pudo haber Historia, pero después de la correspondiente Edad de Oro ya no la hay. El presente es sólo una desviación que hay que corregir aplicando la fórmula mágica contenida en el dogma. Ignoran pues la distancia histórica con el pasado y se limitan a esperar la repetición de las condiciones que en su momento lo hicieron posible. No quieren enfrentarse a la realidad, sino simplemente adorar la imagen ideal de una realidad extinguida, cuya imposible restauración les sirve de consuelo moral y de coartada para la inactividad. Contrariamente a lo que se cree, la ideología no es la religión secular del ghetto, pues ser negrista, o guerrillero virtual, o primitivista, no significa introducirse en un medio confinado exterior al sistema, sino algo

mucho más sencillo, escoger una forma particular de falta de estilo entre el abanico que ofrece el espectáculo de la dominación. Si algo distingue al nuevo totalitarismo es que resultan mucho mejores ciudadanos los que se hacen notar, los correctamente creativos, que los conformistas de toda la vida.

>La debacle de la tecnificación<

Los sistemas tecnológicos son frágiles; existe un punto en el progreso técnico más allá del cual comienza el descontrol y ese punto ha sido sobrepasado. Literalmente, muchos subsistemas ya no funcionan; han acabado teniendo efectos contrarios al fin para el que se crearon: el aparato de la justicia aumenta el delito, el de la salud, los enfermos, el de la enseñanza, los ignorantes. La producción de alimentos incrementa el hambre en el mundo; la de automóviles, las muertes por accidente; la de “bienestar”, los suicidios... La sociedad tecnológica ha llegado a un grado tal de desarrollo que cuanto más avanza, mayores son los efectos imprevisibles que produce y mayor es el carácter irremediable de los mismos.

Ni los expertos ni los gestores saben adónde van. El progreso acarrea más concentración de personas y más complejidad organizativa, aumentando la probabilidad de errores y fallos y ampliando la repercusión de los accidentes. El efecto correctivo es menor puesto que cada vez depende de mayor número de factores, y

tanto más lento cuanto más veloz sea el funcionamiento del sistema. Pequeñas meteduras de pata pueden entrañar formidables consecuencias; un solo despiste puede bloquear un sector completo. Es más, una sola persona puede colapsar zonas enteras con relativa facilidad, mientras que para contrarrestar su equivocación o sabotaje, si se puede, hay que disponer de miles. Estamos continuamente padeciendo la eficacia destructiva de tales disfunciones. Las consecuencias son irreversibles: la tecnificación acaba pues en la catástrofe. La solución técnica de la catástrofe se basa en el control generalizado. Así, aprendiendo a convivir con ella la transformamos en condición social normal, pero el proceso no se detiene ahí. Nuevas catástrofes se superponen a las antiguas, mientras el control social tiende hacia lo absoluto. En condiciones totalitarias la catástrofe no provoca ninguna crisis social sino que se convierte en un motivo de legitimación añadido: la tecnología nos salvará de los males ocasionados por la tecnología. No hay posibilidad de marcha atrás. Además, en tanto que principal impulso al desarrollo, la catástrofe se convierte en puntal de la técnica, de la economía y de la política, de modo que deja de ser fatalidad para convertirse en necesidad.

Toda la actividad social gira entonces en torno a la dialéctica de la destrucción y la reconstrucción. La política entonces queda redefinida como la gestión de la supervivencia de las masas en condiciones catastró-

ficas, cosa que origina una expansión de toda clase de mecanismos controladores. Los controles sociales son de dos clases: los que persiguen la adaptación a los medios extremos y los que buscan la contención de la conducta antisocial. Los primeros son suaves pues la dominación necesita asociados de base que cooperen con los dirigentes; constituyen el abrevadero del voluntariado pro-sistema tipo ecologismo, ONGs y asociacionismo ciudadano. Un partido de vencidos que se colocan al lado de los vencedores. Los segundos son duros, asunto de la policía. Buscan detectar la excepción, porque en un momento en que la dominación técnica ha destruido los mecanismos tradicionales de control como la familia, el sistema de enseñanza o el sindicalismo, la excepción resulta peligrosa. El control policial será siempre el sector mejor organizado y equipado de cualquier fascismo.

Llegados a ese punto en el que la vulnerabilidad del sistema ha disparado los mecanismos de control, la función social del Estado se vuelve una pesada carga para los dirigentes. Entonces se desprende de su tarea asistencial para consagrarse mejor al control social tecnificado; el Estado técnico perfecto es un Estado policía. Enemigo puede ser cualquiera, en el límite toda la población es potencialmente enemiga. En un régimen totalitario toda la población está bajo sospecha y, por consiguiente, vigilada en todos sus movimientos.

>La imperiosa posibilidad de la disidencia<

Sin sujeto histórico es imposible la unidad entre teoría y práctica, entre realidad y razón. Los hechos no despiertan conciencia sino a lo sumo resignación, negándose como territorio de la práctica, pero nunca del todo. Si bien es verdad que no existe una clase revolucionaria, puesto que lo que hay son sólo masas, no es menos cierto que aún sobreviven minorías en su seno que no se declaran vencidas y que creen en la posibilidad de una práctica revolucionaria. Los mismos combates sociales, que aunque escasos ocurren, son la prueba palmaria de que nada está definitivamente perdido. El fascismo domina en el centro geográfico, pero no al cien por cien. La normalización de la catástrofe todavía no es automática. Es una pobre base, pero esa es la única base práctica. En el medio totalitario no son posibles los movimientos extensos conscientes ni las grandes organizaciones contestatarias como en los países periféricos, pero a pequeña escala son perfectamente plausibles la solidaridad y la resistencia, la información y el debate, la teoría y la práctica. De forma que dentro del totalitarismo moderno es factible una microsociedad de disidentes en la clandestinidad, fuera del barullo mediático. Podrá apoyarse en las grandes luchas periféricas pero sin dejarse mistificar por ellas. Tiene paradójicamente una función conservadora, pues ha de rescatar de “la conmoción ininterrumpida de todas las situaciones sociales” el sueño emancipato-

rio y libertario de las luchas habidas y guardarlo para cuando los hombres se vean “finalmente obligados a contemplar sin ilusiones su posición frente a la vida, sus relaciones mutuas” (Manifiesto Comunista). Ha de ser a los ojos del poder opaca, y, por lo tanto, fuera de la ley, irrecuperable, criminal; solamente así podrá dar luz a las grietas del sistema que continuamente se autodestruye y facilitar su ensanche en el momento propicio. Nada es objetivamente seguro; la Historia no promete nada. La resistencia podrá devenir sujeto o un detalle pintoresco de la desolación, todo dependerá de cómo juegue sus cartas.



[Charla en la Escuela Popular de La Prosperidad, 29 de octubre de 2005; encuentro del Libro Anarquista, III Edición, Madrid. Reproducido en la revista Al margen, portavoz del ateneo libertario del mismo nombre, n° 57, primavera 2006, Valencia.]

*“Soy tan libre
como el primer hombre
que la naturaleza fabricara
Antes de que las infames leyes
de la servidumbre comenzaran
Cuando bravío por los bosques
el noble salvaje corría”.*

La Conquista de Granada,
John Dreyden, s.xvii

A medida que el capitalismo ha entrado en la fase de globalización, la sociedad entera ha quedado sumergida en un sistema tecnológico que la aprisiona y condiciona. La sociedad tecnológica es la más jerarquizada a la vez que la más opresora. El poder, la autoridad y la riqueza se han concentrado en grupos cada vez más reducidos, mientras la opresión se ramifica y extiende penetrando en todos los ámbitos de la vida cotidiana, con tanta más facilidad cuanto mayor ha sido el grado de tecnificación alcanzado. La tecnología seduce a sus víctimas con una promesa de libertad que envuelve y encierra a quienes sucumben ante ella. Los individuos sobreviven desarraigados y domesticados en un espacio redefinido por la tecnología, en una tecnosfera, llevando un modo de vida dominado por el con-

sumo, el trabajo, la masificación, el aislamiento y la movilidad. Un mundo cada vez más artificial e inhabitable amanece sembrado de instalaciones nucleares, transgénicos, centros comerciales, autopistas, vertederos y zonas residenciales, configurando un espacio donde se desarrollan a sus anchas el control social, el urbanismo depredador y la degradación ambiental, y donde la pérdida de la autonomía colectiva y el desmoronamiento moral y psíquico de los individuos tienen carta blanca para progresar indefinidamente.

La resistencia al proyecto tecnocapitalista de esclavización total ha podido manifestarse en la protesta contra el desarrollismo, en la contestación antinuclear, en la defensa del territorio y en las luchas contra la precariedad, pero se halla lejos todavía de unificar sus propuestas antisistema y formular un proyecto radical. Mientras tanto, ha de conjurar un peligro interno, el de la recuperación por parte de la política, el asociacionismo vecinal, el ecologismo neutro o los pseudo movimientos ciudadanistas, quienes tratan de reducirla a mera coreografía de la cogestión de la catástrofe, puro soporte electoral de equipos empeñados en sostener que otra forma de capitalismo es posible.

Otro peligro no menos importante lo constituyen la falsa conciencia y la deriva ideológica. La crítica antidesarrollista no ha hecho más que emerger. Es en gran parte espontánea y le falta todavía camino para llegar a una conciencia unitaria del mundo. En esa tesitura los

vacíos teóricos pueden ser mal rellenos por ideologías que tratan de explicar el mundo desde una determinación particular, desde un concepto limitado y más o menos abstracto, como puede ser para el primitivismo la naturaleza o el estado salvaje, mediante simplificaciones *sui generis* basadas en descubrimientos sociológicos, etnográficos y antropológicos.

Una de esas ideologías es el primitivismo. Nació en los años noventa del siglo pasado en Estados Unidos, fruto de la confluencia de los restos de contracultura, el ecologismo “profundo” y el anarquismo individualista y naturista, y se dio a conocer en Seattle. El primitivismo no constituye un sistema acabado, más bien lo contrario, pues existen tantos primitivismos como grupos que rechazan la vida civilizada y reivindican un ingreso en la naturaleza –cualquiera que ésta sea–, por lo que intentaremos criticarlo a través de las ideas que más se repiten en todos.

El primitivismo ha recorrido dos etapas; en la primera, apareció como una crítica insuficiente y fragmentaria de la sociedad moderna, que sin embargo contiene parte de verdad y clarifica, al menos de manera parcial, la perspectiva que han abierto las luchas antidesarrollistas. Con el recurso a lo primitivo, buscaba superar la contradicción entre el opresor sistema capitalista y la noble aspiración a la libertad de los seres humanos. Constituía pues un avance. En su segunda etapa, la actual, cuando trata de consolidarse como ideología y rechaza la idea de revolu-

ción, cae en un fatalismo paralizante que incita más al excursionismo que a la revuelta, al taller de cocina más que a la barricada, convirtiéndose, lejos del Black Bloc, en un obstáculo para la comprensión de las luchas y en una coartada para la inacción. Entonces coincide con los tópicos sobre la naturaleza con que la burguesía clásica se imaginaba conjurar los males de su propia civilización. En resumen, que las robinsonadas primitivistas han degenerado en una forma de evasión urbana sugerida por la visión idílico-burguesa del campo.

Los primitivistas no buscan las raíces de la opresión moderna en la aparición histórica del capitalismo, ni tampoco en la idea de “progreso” que prefiguró el núcleo de la ideología burguesa, sino en el nacimiento de lo que llaman “civilización”, que la mayoría sitúa hace diez mil años, en el paso del modo de vida cazador y recolector al de ganadero y agricultor. La civilización es una idea opuesta a la de la “naturaleza”, el imperio de la felicidad, la abundancia, el juego y la libertad, que hacen coincidir con la sociedad paleolítica, de preferencia la época mustersiense, la del hombre de Neandertal. Algunos, adscritos a la alimentación vegana, tampoco aceptan la caza y alucinan con una época donde la vida modélica era la de los rumiantes. Son partidarios de la permacultura, especie de agricultura “sostenible”, y de las ecoaldeas. La “sociedad libre de productores libres”, o “la anarquía”, como hubieran dicho todavía hace setenta años, no es para el primitivista una sociedad por

venir, sino algo que extrae su poesía del pasado, una sociedad que ya existió en los confines de la prehistoria, cuando a lo sumo un millón de personas poblaban la Tierra con una esperanza de vida inferior a los treinta años. La vida libre quedaba identificada al nomadismo, a los clanes pacíficos, al reino de los instintos y de las pasiones, al estadio “salvaje”, es decir, no domesticado por la “civilización”, fuente ella de todos los males, de la autoridad, del patriarcado, de la propiedad, de la guerra, de la esclavitud, de la tecnología, de la ciudad, de las clases, de la ciencia, etc. Esa idea del hombre primitivo no es en absoluto moderna y se parece como dos gotas de agua a la del “homo sylvaticus” de los bosques, documentado por primera vez en códices europeos del siglo XII sobre la base de antiguas tradiciones grecolatinas y judeocristianas. En la Edad Media la teología había cavado un abismo tan profundo entre el hombre y la naturaleza como el que la artificialización capitalista cava en la actualidad, por lo que no es de extrañar que los estereotipos sean semejantes. El mito se prolongará en la Ilustración y el Romanticismo en la figura del “buen salvaje”, elaborada con modelos americanos o australes, y llegará a contaminar los rigurosos análisis de pensadores como Marx y Engels, quienes también creyeron en una Edad de Oro comunista primitiva. En todo momento, el primitivo ha sido el trasunto opuesto del personaje típico de una época concreta; del aldeano medieval con la vida regulada por la religión, del bur-

gués ilustrado que buscaba la Razón en el código de la naturaleza, del revolucionario que aspiraba a una sociedad libre, fraterna y sin aristócratas, o del romántico frustrado por la fealdad de la industria capitalista, como ahora lo es del hombre-masa de la mundialización.

Podríamos dedicarnos a discutir, recurriendo a las mismas fuentes, la supuesta libertad primitiva, pues las costumbres de matar al prójimo, de apropiarse territorios y de destruir el entorno, también está presente en estadios salvajes bien antiguos. Si nos fijamos en la familia matrifocal, no la sabríamos distinguir de la que ahora se llama monoparental, que no es precisamente un factor de libertad. Por otra parte, las sociedades agrarias no fueron necesariamente sociedades clasistas, ni el periodo neolítico coincidió absolutamente con una “revolución agrícola” que dio lugar a la jerarquía, la urbe y la “civilización”. Pero los estudios históricos o antropológicos no son el fuerte de la ideología primitivista, que sólo recurre a ellos para forjar su discurso y darle unidad, no para acercarse a la verdad.

Dado que el hombre, y la sociedad, se define por el modo de apropiarse de la naturaleza, es absurdo imaginarse una época donde ello no fuera así, y la conducta humana fuera idéntica a la de los animales. La malvada “civilización” de los primitivistas no es más que un momento de la historia. Desde los albores de la humanidad y a lo largo de su despliegue histórico, la criatura humana nunca ha encontrado la libertad y la felicidad

en estado puro. Pero ni sus periodos iniciales, ni sus finales, por mucho que nos cueste creerlo, han sido épocas de simple barbarie. La opresión ha forzado el concepto de libertad. Toda huella de barbarie lo ha sido también de cultura. Los saberes artesanales, el pensamiento filosófico y ético, la literatura, el arte, la medicina, el conocimiento científico, el derecho, el psicoanálisis, etc., han proporcionado suficientes materiales para desarrollar la conciencia social igualitaria y orientar la conducta hacia la libertad y la realización del deseo. La Historia no ha sido un error ni la desviación de una edad feliz. Al remontarse a épocas pretéritas como si quisiera escapar de ella, el primitivista asimila el proceso de humanización del mundo al de la domesticación y artificialización del hombre. Tal reducción condena la libertad a mera particularidad de un sueño utópico, imposible de alcanzar como imposible es el retorno al estado salvaje, cuando en realidad la libertad no es sino el premio de la lucha victoriosa contra la barbarie, y, por lo tanto, contra aquella domesticación y aquella artificialización. Usando un símil forestal, la libertad no es pues la consecuencia de la vida en los bosques, sino el fruto de la lucha contra la deforestación. La libertad no es un estado natural perdido sino un hecho social reformulado en cada momento histórico.

La negación de la lucha de clases, de sus formas organizativas, de su trabajo solidario, de sus objetivos revolucionarios, tiene consecuencias a la hora de la acción. El

primitivista tiende a ignorar las luchas de los oprimidos, como ignora igualmente la Historia, pues según él no han perseguido otra cosa que el poder. Como no aspira a cambiar la sociedad sino a salir de ella, no se siente implicado en sus conflictos. No vamos a ridiculizar sus intentos de asilvestramiento puesto que sabe que es imposible un retorno semejante al paraíso y solamente se refiere a éste como inspiración. Pero esa inspiración no le acerca a la realidad, no le desvela las potencialidades anticapitalistas y antitecnológicas del conflicto, sino que le mantiene a la expectativa, esperando hedonísticamente que una catástrofe coloque a la humanidad desengañada en la senda aborígen y al pensamiento racional en el camino del instinto, la magia y la santería.

Lejos de entretenernos en buscar las causas de la opresión en el lenguaje simbólico o en la domesticación del caballo, debemos centrarnos en las causas más cercanas: la lógica del beneficio y de la productividad, el interés material como principio motor de la sociedad, el mercado como mecanismo regulador, la razón instrumental; nos estamos refiriendo al sistema capitalista, concretamente a su fase globalizadora. Por supuesto que existen causas más lejanas, anteriores al capitalismo: la división del trabajo, el Estado, la Megamáquina, las jerarquías, la religión, la propiedad, las clases, la guerra... La crítica antidesarrollista, heredera histórica del pensamiento surgido de la lucha de clases, no ha de descuidarlas, so pena de no servir sino a la reproducción

de la opresión bajo otras formas, pero sabe que estas causas han alcanzado su máximo nivel bajo el capitalismo y que son moldeadas en el presente por el cincel capitalista. Eso es verdad incluso para la fe religiosa, transformada en fetichismo de la tecnociencia.

El capitalismo es el dueño del mundo y por lo tanto cualquier lucha real es y será una lucha anticapitalista. Las metas a corto plazo que han de fijarse, por parciales que sean, no tienen cabida en el capitalismo. Hacer retroceder la producción al nivel de hace veinte años, disminuir el consumo de carne y de lácteos, desestabular a los animales, limitar drásticamente el uso de combustibles fósiles, prohibir el vehículo privado, bloquear las cuentas de las inmobiliarias y de las constructoras, reconstruir los territorios contaminados, hormigonados y asfaltados, restaurar los bienes comunales, volver a los huertos urbanos, municipalizar, desurbanizar, desmantelar las industrias y las centrales energéticas, reciclar, relocalizar, reutilizar... Son medidas prácticas que pueden servir para la confección de un programa mínimo anti-desarrollista. Los defensores del progreso tecnológico lo tildarán de extravagante, pero mucho más extravagantes son los planes ultradesarrollistas con los que la codicia de sus promotores no para de obsequiarnos.

[Conferencia en el centro social La Mistelera, Denia (Alicante), 13 de octubre de 2006.]

Cuando durante la Revolución Francesa se trató de instituir la democracia como poder del “pueblo” o de la nación —entendido como el poder del “tercer estado”—, surgieron inmediatamente graves problemas entre la mayoría de dicho “pueblo” y el Gobierno nombrado por sus “representantes” electos. La democracia popular basada en clubes, secciones y asambleas entraba en contradicción con la democracia gubernamental jacobina. El Gobierno, la Convención, las instituciones nacionales, las leyes y el sufragio, no garantizaban la libertad y la igualdad más que a las clases poseedoras. Un sector radical de los “descamisados” de París (el pueblo parisino), los “Enragés”⁶, en el manifiesto que presentó en la cámara de diputados al día siguiente de haberse votado la Constitución, el 25 de junio de 1793, afirmaría que: *La libertad no es más que un fantasma vano cuando una clase de gente puede matar de hambre a la otra impunemente. La igualdad no es más que un fantasma vano cuando el rico, gracias al monopolio, dispone del derecho a la vida y a la muerte sobre sus semejantes.*

El experimento constitucional y parlamentario fracasaría debido a la fuerte oposición entre los intereses de las clases poseedoras y los de las clases populares. El “pueblo” no era más que una entelequia. En el parla-

⁶ En francés en el original, *rabioso* (N. del E.).

mento no se manifestaba ninguna “voluntad popular” sino los intereses de la clase dominante. No podía haber libertad real sin igualdad económica y la fuente de tal desigualdad radicaba en la propiedad. *¿Qué es la propiedad? La propiedad es el robo*, respondería Proudhon. Y seguía: *la libertad es igualdad, porque la libertad no existe sino en el estado social*. La cuestión de la propiedad dividió a los demócratas revolucionarios y alcanzó su mayor amplitud cuando entró en escena el proletariado y los “demócratas sociales” —Marx, Proudhon y Bakunin se llamaron así— identificaron sus intereses con los de todos los oprimidos. La “democracia social” equivaldría a un régimen cuyo protagonista principal sería la clase obrera. Para unos ese régimen sería comunista. El joven Marx creía que *el comunismo era la solución al enigma de la historia*. Proudhon, en cambio, rechazaba las formulaciones autoritarias de los primeros comunistas y se inclinaba por *la organización de las fuerzas económicas bajo la ley suprema del contrato*, o sea, por la propiedad cooperativa o colectiva de los talleres, las minas, las fábricas, los canales, los ferrocarriles, etc., de *las asociaciones obreras organizadas democráticamente y libremente federadas*. A menudo se le ha tenido poco en cuenta y le han colocado al lado de los “utópicos”, cuando no le han tachado de representante del “socialismo burgués”, tal como le calificara injustamente Marx en el Manifiesto. Sin embargo, Proudhon fue el primero que formuló una crítica social específicamen-

te proletaria y a él corresponde la crítica política del sistema parlamentario burgués más incisiva, la que dio impulso al ideario obrero anarquista.

Para Proudhon la autoridad, llámese Gobierno o Estado, existente por encima de la “voluntad popular”, representaba el mismo despotismo de los reyes pues *lo que hace a la realeza no es el rey, no es la herencia; es el cúmulo de los poderes; es la concentración jerárquica de todas las facultades políticas y sociales en una sola e indivisible función, que es el gobierno, esté representado por un príncipe hereditario, o bien por uno o varios mandatarios amovibles y elegidos.* El fallo del sistema representativo estaba en la delegación de poderes, causa de la separación entre gobernantes y gobernados: *Hoy mismo tenemos ejemplos vivos de que la democracia más perfecta no asegura la libertad. Y no es eso todo: el pueblo rey no puede ejercer la soberanía por sí mismo; está obligado a delegarla en los encargados del poder. Que estos funcionarios sean cinco, diez, cien, mil, ¿qué importa el número ni el nombre? Siempre será el gobierno del hombre, el imperio de la voluntad y del favoritismo.* Si ningún individuo reconociera más autoridad que él mismo, si el “pueblo” entero quisiera realmente gobernar, no habría gobernados. La imposibilidad de plasmarse la voluntad del pueblo en una autoridad delegada, exterior a él, es lo que forzaba a Proudhon a declararse anarquista, partidario de la abolición de cualquier forma de autoridad y llamar “anarquía” al régimen de los hombres libres e iguales: *anarquía, ausencia de amo, de soberano, tal es la forma de gobierno*

a la que cada día nos acercamos. El Gobierno del pueblo era una falacia; si había gobierno no había pueblo, y viceversa, si realmente un pueblo llegaba a constituirse, ejerciendo el poder directamente, sin mediaciones, el gobierno no existiría. Anarquía era el gobierno de todos, y por lo tanto, el de nadie: *La fórmula revolucionaria no puede ser ni legislación directa, ni gobierno directo, ni gobierno simplificado; ella es nada de gobierno.*

Bakunin aportó bien poco al análisis proudhoniano. Partía de la premisa de que el gobierno tenía opción de ser verdaderamente popular y representativo sólo si estaba controlado por el pueblo; como dicho control era ficticio y en ningún país ha existido nunca, concluía que la libertad bajo tal régimen era irreal: *Todo el sistema del gobierno representativo es un inmenso fraude que se apoya en esta ficción: que los cuerpos legislativos y ejecutivo, elegidos en sufragio universal por el pueblo, deben o hasta pueden representar la voluntad del pueblo.* Esos poderes promovían únicamente los poderes de la burguesía. El sufragio universal, dadas la desigualdad y la opresión en que se encontraba el pueblo trabajador, era una burla; votando, cada uno elegía a su patrón. Debido a su miseria, a su falta de formación, a la poca disponibilidad de tiempo, a la ausencia de información, a la inexistencia de espacios de discusión, etc., el pueblo no podía formular una opinión general y, por consiguiente no podía utilizar el sufragio universal *para la conquista de la igualdad económica. Siempre será de forma necesaria un instrumento hostil al pueblo, que de*

hecho apoya la dictadura de facto de la burguesía. Malatesta⁷ llegó a decir que *el derecho electoral es el derecho de renuncia a los propios derechos.* El mismo razonamiento circular hay en Bakunin y Malatesta que en Proudhon: el gobierno no podía ser representativo porque la voluntad popular no podía formularse a través de él; si lo hiciera, sería representativo, pero ya no sería gobierno. La identidad entre gobernantes y gobernados, esencia verdadera de la democracia, no podía realizarse mediante un gobierno parlamentario sino mediante su abolición. Las ideas proudhonianas de autonomía obrera inspiraron a los internacionalistas durante la Comuna de París (1871). Tanto Bakunin como el mismo Marx vieron en la Comuna la democracia proletaria y la negación del Estado.

En España, país poco afectado por la revolución industrial, y por lo tanto, con un proletariado poco desarrollado, las ideas igualitarias y “socialistas” (contrarias a la propiedad privada) fueron filtradas por los

⁷ Errico Malatesta (1853-1932). Su pensamiento post-materialista abre una corriente, hasta el momento inexistente en la teoría anarquista. Malatesta, a diferencia de Kropotkin (al que considerará cercano al positivismo), afirma que la voluntad y la conducta del hombre no están predeterminados y, por lo tanto, el hombre se forma socialmente. Así, la idea de un sufragio universal, como proceso genérico para la humanidad en su conjunto, se basa meramente en la cantidad, hecho que en sí mismo no contempla equidad. Aunque, si bien, el cinismo aritmético de “la mitad más uno”, es lo que termina conformando un gobierno parlamentarista, nadie nos garantiza que éste sea racional y justo, ni siquiera que obre en favor de los intereses comunes (*N. del E.*).

movimientos radicales de la burguesía. La palabra “demócrata”, en sus inicios, designaba algo parecido a anarquista. En el “Diccionario de los Políticos” (1855), del monárquico Juan Rico y Amat, se decía que *el demócrata puro es enemigo acérrimo de todo lo que se roce con el gobierno; el demócrata es antiaristócrata e igualitario, pero sólo en lo político. Si pertenece a la medianía, nunca usa el don; siempre se nombra fulano de tal a secas: tiene gusto en tutear y dar la mano a los de la clase baja, y en los pronunciamientos, llama ciudadanos a los hombres y ciudadanas a las mugeres.* Una fracción de los demócratas, los republicanos federales, trataron de conciliar el problema de la mediación entre pueblo y Estado recurriendo a la descentralización administrativa. En palabras de Pi i Margall, traductor de Proudhon: *En la actual organización, el Estado lo administra todo; en la federación, el Estado, la Provincia y el Municipio son tres entidades igualmente autónomas, enlazadas por pactos sinalagmáticos y concretos. Tiene cada una determinada su esfera de acción por la misma índole que los intereses que representa y pueden todos moverse libremente sin que se entrechoquen.* La República Federal, gobierno del pueblo soberano, no sería más que la suma federada de esos pactos. Pero para constituirse el pueblo primero tenía que romperse el Estado monárquico, de forma que sus fragmentos autónomos decidieran libremente confederarse. El partido federal, al propugnar la desmembración del Estado, se situaba contra todos los demás partidos, pero mantenía distan-

cias con el proletariado. Creía en la armonía de las clases, respetaba la propiedad y era enemigo de las huelgas y demás manifestaciones de la lucha social, por lo que apenas surgida la Asociación Internacional de Trabajadores en España perdió el apoyo de los militantes obreros. Su oportunidad histórica se esfumó con el fracaso de la Primera República, la de 1873. No obstante, la idea del municipio como célula de la sociedad libre caló tan hondo como el pensamiento de Bakunin, transmitido a los trabajadores españoles por los internacionalistas Fanelli, Anselmo Lorenzo, Sentiñón, García Viñas o González Morago.

La distancia entre Las Cortes españolas y la realidad social fue tan enorme durante el siglo XIX que las masas populares, normalmente ajenas a la política, recibieron las ideas anarquistas con agrado. El sistema político de la Restauración, basado en la alternancia de dos partidos monárquicos artificiales, no hizo sino contribuir a la identificación entre política, corrupción y caciquismo. No obstante, un sector del movimiento obrero, el partido socialista, aceptó las reglas del juego y ejerció de oposición junto con las minorías republicanas, mientras al margen se desarrollaba un potente sindicalismo revolucionario. Entre 1916 y 1923 la CNT fue capaz de desarrollar una democracia obrera ajena completamente a la política y cimentada por la solidaridad de clase (la fraternidad revolucionaria), a base de asambleas sindicales, plenos, conferencias y congresos, lo que alarmó tanto

a las clases poseedoras que éstas procedieron a sustituir su democracia caciquil por la dictadura militar del general Primo de Rivera. La clandestinidad arruinó las posibilidades del sindicalismo revolucionario y arrastró a sus dirigentes al terreno de las conspiraciones políticas. La CNT entró en ella dividida entre moderados y revolucionarios, para no aspirar más que a carne de cañón en una coalición de partidos y personalidades opuestas a la dictadura y a la monarquía, que abandonadas por sus aliados, cayeron sin estrépito.

La Segunda República no trató bien a los trabajadores. La posición respecto a la República y a su sistema parlamentario escindió a los anarcosindicalistas entre partidarios de una línea insurreccional y partidarios de la permanencia dentro de la legalidad republicana. Para los segundos, el abstencionismo, las alianzas políticas o incluso la participación institucional eran cuestiones tácticas, no principios. Mientras tanto, el avance del proletariado había escindido a la burguesía en dos mitades enfrentadas: una, reformista, representada por los partidos republicanos, y otra, reaccionaria, militarista y clerical, representada por el partido radical y las derechas. Cuando la coalición derechista subió al poder—gracias a unas elecciones en las que las mujeres votaban por primera vez—hubo de enfrentarse a dos tentativas de insurrección, que terminaron llenando las cárceles de obreros. Los anarquistas tuvieron que plantearse nuevamente las relaciones con sus enemigos de ayer, la bur-

guesía republicana, para apartar del poder a otros mucho peores, la burguesía filofascista. Entonces renunciaron a su tradicional abstencionismo, y, aunque no llamaron a votar en febrero de 1936, tampoco llamaron a abstenerse. Entre los anarquistas se imponía una tendencia revolucionaria que consideraba la participación electoral como una táctica destinada a contrarrestar al “fascismo”. Durruti lo expresó claramente con la siguiente consigna: *Estamos ante la revolución o la guerra civil. El obrero que vote y se quede tranquilamente en su casa, será un contrarrevolucionario. El obrero que no vote y se quede también en su casa, será otro contrarrevolucionario.*

El problema principal no era el temido triunfo de las derechas, sino el fracaso electoral que las empujaría por la vía del golpe de estado. Para Durruti, el triunfo electoral de los socialistas y republicanos permitía ganar tiempo, pero solamente un movimiento revolucionario podía detenerlas de verdad: *O fascismo, o Revolución Social*, tal era su conclusión. Como tanto la sublevación militar como la revolución social triunfaron a medias, desencadenándose una guerra civil donde el proletariado quedaba aislado internacionalmente, el “antifascismo” dejó de ser una táctica antiburguesa para devenir simple colaboracionismo. El Estado, el Gobierno, la Nación, las instituciones democráticas, las leyes, los partidos, la burguesía misma, fueron valorados de diferente manera a como habitualmente lo habían sido. En consecuencia, el anarquismo salió profunda-

mente alterado de la guerra civil y nunca se ha repuesto desde entonces.

El sistema parlamentario volvió a España como prolongación de la dictadura franquista. Quien realmente se constituyó como nación, como pueblo, fue el franquismo. Lo que el Estado franquista pactó fue la disolución de las instancias que la oposición había creado para heredarle (la Junta Democrática, la Plataforma, la Asamblea de Catalunya...) y la aceptación de la Monarquía. A cambio, la oposición fue legalizada y los presos políticos liberados. El exilio pudo regresar sin compensaciones, siquiera morales: la oposición había pactado el olvido del genocidio de la posguerra civil y de los años de persecuciones y sufrimientos. El franquismo, amnistiado y erigido en representante de la “voluntad general”, se desembarazó de cadáveres como Las Cortes, la CNS⁸ o el Movimiento, pero guardó íntegro su aparato, que se convirtió en el aparato de la nueva “democracia”. La policía, la Justicia, la guardia civil, el Ejército, las diputaciones, los gobiernos civiles, las capitanías, la diplomacia, la administración, los funcionarios...; todo, absolutamente todo, permaneció intocable.

Un partido nacido del franquismo, la UCD, capitaneó el proceso de “transición”, el devenir democrático de la dictadura, auxiliado por la oposición, que supo acomodarse con el franquismo: ese fue el “contrato social” de la

⁸ Central Nacional Sindicalista, sindicato vertical del régimen franquista (*N. del E.*).

democracia española. El advenimiento de la “democracia” –la constitución, las elecciones, el sindicalismo, la propaganda política, las cámaras– fue una siniestra comedia que se representó cuando el sistema parlamentario en el mundo no subsistía más que como caricatura. Ni existía vida pública, ni justicia independiente, ni se podía hablar de opinión pública, ni menos todavía de debate público. La preponderancia de la economía convertía las ideas en eslóganes, la publicidad en secreto, el debate en una formalidad vacía y el ejercicio de la política en un trabajo empresarial. Los diputados no dependían de sus votantes sino de sus partidos, que apenas se diferenciaban entre sí, y éstos, eran deudores de los holdings de la comunicación, de los bancos y de las instancias económicas internacionales. En el parlamento entraban en juego intereses de poder, jamás opiniones. Además, los asuntos importantes no se dirimían allí, sino en los despachos privados de los verdaderos dirigentes: los altos ejecutivos de la Banca Mundial, el Tesoro americano, la OMC, el FMI, la Trilateral, etc. Los parlamentos eran antecámaras de los cubiles del poder fáctico, que bien podían dejar en paz las libertades formales si no les molestaban.

El parlamentarismo español tuvo todas las miserias de los demás, y ninguna de sus glorias. Votar, hacer política, hubiera significado colaborar en la farsa, legitimarla. Como durante la Restauración alfonsina, en el parlamento disputaban dos opciones políticas de la clase dominante, jaleadas por minorías colaboradoras. Su

mayor enemigo, el proletariado, apenas desarrolló prácticas democráticas fuera de las fábricas —asambleas de huelguistas, comités, consejos de fábrica, coordinadoras— antes que todas las fuerzas del orden lo derrotaran definitivamente en los años ochenta. El anarquismo necesitaba una revisión a fondo de su experiencia si quería jugar un papel. Al no hacerlo, no pudo renovar su crítica y no influyó en los acontecimientos. Acabó convertido en una ideología autista y contemplativa, apoyada en un relato sin contradicciones de un pasado histórico mutilado. Los efectos fueron paralizadores. La transformación de la clase obrera en masa desclasada acabó con la posibilidad de que ella misma pudiera alzarse como representante del interés general y encarnar la voluntad popular en las formas de la democracia directa. El reino indiscutible del capital transformó en poco tiempo la sociedad gracias a un desarrollo acelerado de la tecnología. Las características propias de las masas, como la atomización, la movilidad frenética, el consumismo y el confinamiento en la vida privada de los individuos, se acentuaron en la sociedad tecnológica, eliminando los restos de sociabilidad y potenciando la sociedad de control. Al ganar preponderancia el mercado mundial sobre los Estados, los parlamentos perdieron el escaso poder que conservaban. La mayoría parlamentaria de tal o cual partido podía introducir cambios en el espectáculo político pero en absoluto afectaba al poder real, que como ya indicamos no resi-

día en los parlamentos. Los aspectos técnicos del parlamentarismo —la campaña, las elecciones, los debates televisivos, las votaciones en las cámaras, formalismos varios, etc.— fueron conservados y ampliados, mientras progresaba la tecnovigilancia, la erosión del derecho, la criminalización de la disidencia y la población carcelaria. En ese momento el parlamentarismo dejó de distinguirse de la dictadura. En la etapa globalizadora, el Estado democrático se va reduciendo a Estado penal y el régimen de libertades, cada vez más en suspenso, va caminando silenciosamente hacia un estado de excepción. La política del año 2000 es la del “panóptico” de Bentham⁹ o la del “Big brother”, el Gran Hermano del que hablaba Orwell. En estas circunstancias, las razones tácticas nunca pueden justificar la participación en el sistema, puesto que obrando así “para que no gane la derecha” no se retrasa la marcha del totalitarismo, o como antes se decía, del “fascismo”, sino que se contribuye a ella. La verdadera “derecha” no es la del parlamento.

⁹ Término acuñado en la segunda mitad del siglo XVIII; del griego, toda visión. Atendiendo a la concepción de Jeremy Bentham, de manera esquemática, el panóptico se compone de un círculo pequeño que puede representar la torre de vigilancia y un círculo mayor —el conjunto de celdas—, donde habitan los presos. La estructura en forma de colmena de este edificio permite al vigilante observar a los presos sin ser visto. Aunque esté ausente, la idea-opinión de su presencia es tan eficaz como su presencia misma. Por otro lado, el panóptico ideado por Samuel Bentham estaba destinado a su aplicación industrial en rusia, y como campo de acción, tendría un pueblo entero, Krichev. Esta "casa de inspección" pretendía el control de los obreros, su supervisión, y su enseñanza (*N. de la E.*).

Aquellos núcleos de discusión que sobreviven o se organizan tienen sobre sus espaldas la misión de reconstruir retazos de vida pública y de democracia directa dentro de una sociedad masificada que no sean efímeros experimentos, como han hecho siempre los oprimidos. Y a partir de ellos forjar opiniones, discutir, informar, instruir, en fin, enlazar con la memoria olvidada y las tradiciones perdidas de lucha. Es el bagaje con el que se habrán de enfrentar a la clase dominante y a su totalitarismo. Han de saber interpretar las cuestiones tecnológicas como problemas políticos y sociales de la mayor magnitud, pues luchan contra un régimen totalitario fascista con ropaje liberal, y en los sistemas de esa clase las verdaderas cuestiones salen a escena como si fueran problemas técnicos. El anarquismo, si sabe escapar a las trampas de la ideología, será el instrumento teórico más adecuado para forjar una crítica radical de la sociedad, porque es el único ideario que ha insistido en la democracia directa como fórmula emancipatoria.

Mientras que las teorías comunistas, desde Morelly, Babeuf, Weitling, Marx, Blanqui, Cabet, etc., han puesto el acento en la igualdad como condición necesaria de la libertad humana, sin que la travesía por fases autoritarias las afectara, en cambio, el anarquismo ha proclamado que sin libertad no puede haber igualdad, y por consiguiente, el camino de la emancipación ha de estar fecundado por ella.

25 de Octubre de 2006

Cuando durante los últimos quince o veinte años hemos visto trasladar fábricas a países lejanos, privatizarse empresas públicas, abaratare y multiplicarse los despidos, avanzar la precariedad, mantenerse el paro, y, en general, agravarse las condiciones de trabajo sin que los obreros hayan hecho gran cosa por evitarlo, es lícito preguntarse ¿por qué no se rebelan? ¿por qué van en contra de sus intereses de clase? La respuesta es obvia: porque la clase obrera fue derrotada y vendida por un frente común formado por el Estado, la patronal, los partidos y sus supuestos representantes sindicales. Los sectores con empleo asegurado y los funcionarios dieron la espalda a los sectores más débiles y se aburguesaron. La clase obrera se fragmentó y disolvió, perdiendo su capacidad de reacción y su poder autoorganizativo, quedando, mediante pactos sociales, sometida a políticas reguladoras del empleo.

Los trabajadores hace mucho que dejaron de existir como clase, es decir, que son incapaces de formular intereses generales y de movilizarse tras ellos. No constituyen un sujeto activo. No existe entre ellos el sentimiento de unidad o de fraternidad, ni la conciencia de pertenecer a una comunidad de explotados. Están desunidos, desarmados frente a sus empleadores y sin perspectiva común de lucha; difícilmente pueden

ir a la huelga pero aun así los conflictos laborales particulares no conducen al planteamiento de la cuestión social, la del fin de la opresión, la de la emancipación obrera. El capitalismo ha evolucionado hasta volver esta situación irreversible. Ha deslocalizado no sólo la industria, sino la misma clase obrera, volviendo conservadores a buena parte de los trabajadores autóctonos. Para conservar el empleo, éstos han debido ocupar los huecos que les deja la automatización de tareas, han debido rivalizar con la mano de obra china o india, y han debido renunciar a derechos adquiridos y permitir una mayor explotación de su fuerza de trabajo. Las reformas laborales persiguen esa adecuación del trabajo a las exigencias de la modernización capitalista. De los lugares de trabajo se ha suprimido todo lo que podría facilitar una comunicación directa, empezando por las asambleas y la solidaridad, en cambio, los mecanismos de control se han desarrollado. Por eso no pueden ser los espacios privilegiados del combate social. Eso no impide que la lucha contra la explotación exista, pero en otra parte.

La lucha social ha podido manifestarse, aunque poco y a menudo disimulada con espectáculos, en los barrios y en la calle. No reside en el viejo antagonismo entre burguesía y proletariado, si por proletariado se entiende la parte retrógrada y burocratizada de los asalariados representada por los sindicatos y si por burguesía aludimos a los propietarios de los medios de

producción. El verdadero proletariado lo forman ahora una masa indiferenciada de jóvenes desarraigados, inmigrantes con o sin papeles, estudiantes desfavorecidos, obreros precarios, parados sin seguro, excluidos, y en general, los nuevos parias sociales, producto del nuevo capitalismo globalizador. No es una clase en el sentido clásico de la palabra, pero puede llegar a serlo. En frente no tiene a simples patronos, sino a toda una nueva clase, no propietaria sino gestora, compuesta por quienes toman realmente las decisiones: los altos ejecutivos y expertos empresariales, financieros, administrativos y políticos. Representa el poder de la economía basada en la circulación y los servicios, donde la propiedad privada va siendo reemplazada por sistemas más sofisticados como el *leasing*¹⁰. Al igual que la burocracia del capitalismo de Estado, disimula su existencia en la medida que su fuerza se incrementa: su poder es el poder de un mundo al revés, en el que toda la vida social es mentira. Como dos polos opuestos, masas y

¹⁰ Del inglés *lease, leasing*: arrendamiento financiero. Consiste en aquel contrato de alquiler de bienes donde el arrendador (entidad financiera) adquiere un bien para arrendar a un segundo (el cliente) su uso y disfrute, durante un plazo de tiempo determinado contractualmente. El arrendatario-cliente a cambio está obligado a pagar una cantidad periódica constante o variable. Una vez finalizado el contrato, el arrendatario tiene tres opciones; ejercer la opción de compra del bien por el valor residual, no ejercer la opción de compra y por tanto devolver el bien o prorrogar el contrato de arrendamiento, con el pago de cantidades periódicas menores. Durante toda la vida del contrato, la entidad financiera mantiene la titularidad sobre el bien objeto del contrato, aunque el arrendatario corre con los gastos de los deterioros y/o posible pérdida del bien arrendado (*N. de la E.*).

dirigentes, caminan los unos contra los otros. La correlación de fuerzas favorece a la nueva burguesía, que además dispone de un arsenal represivo ingente, pero los oprimidos pueden equilibrar fuerzas si toman la calle y así desbaratar sus planes. Eso es lo que acaba de pasar en Francia.

>La protesta contra el CPE<

Para comprender la revuelta de marzo contra el Contrato del Primer Empleo (de ahora en adelante abreviado CPE) hay que prestar atención a las condiciones especiales francesas, principalmente a dos, el estatismo y la sensación juvenil de abandono por parte de la sociedad. El estado del bienestar francés fue fruto de un pacto social duradero e implicó nacionalizaciones difíciles de privatizar, dados los intereses creados y dada también la cultura estatista de los dirigentes, muchos de ellos alumnos de la Escuela Nacional de Administración. La mismísima desregulación del mercado del trabajo ha debido realizarse a través del Estado, antes que por un diálogo entre sindicatos y patronales. En España las únicas medidas de bienestar fueron introducidas bajo el franquismo, por lo que fueron fáciles de derogar. Los propios sindicatos se constituyeron directamente contra las asambleas de trabajadores y las huelgas salvajes, representando al Estado y la patronal desde el primer momento. Siempre fueron organismos subalternos, sin poder real.

Su implantación permitió la reestructuración del capitalismo y eliminó trabas laborales para su modernización. Eso aclara por qué los contratos temporales son de los más numerosos de Europa, y por qué la precarización alcanza a casi la totalidad de la juventud trabajadora.

Sin embargo en Francia los sindicatos eran primitivamente organizaciones defensivas de los trabajadores y su transformación en elementos de orden les permitió ocupar parcelas de poder que todavía disfrutaban, lo que explicaría el menor grado de precariedad francés. En España, el paro y el precio prohibitivo de la vivienda han bloqueado la proletarización de parte de la juventud, que permanece con sus padres en un estado de adolescencia prolongado, hedonista e indiferente. En cambio, en Francia, la descomposición de la familia lleva más largo trecho y la presión de la vivienda es algo menor, cosa que ha facilitado la proletarización juvenil masiva y la creación enormes de bolsas de marginación en los suburbios. La universidad española mayoritariamente tiene alumnos de clase media, y aunque mucho menos que antes, el diploma marca la diferencia. En Francia, el acceso a la Universidad es más popular, muchos estudiantes trabajan para pagarse los estudios, cosa rara en España, y la desvalorización de los diplomas está más agudizada. Aunque los universitarios crean en la sociedad francesa, ésta no contempla en ellos a sus futuros cuadros, sino a simples asalariados, provocando una vaga conciencia reivindicativa inexis-

tente en la península. Son diferencias de grado dentro de una tendencia general uniformadora, pero que justificaría por qué en España la juventud estudiante se divierte en “botellones” y en Francia lleva a cabo huelgas generales. Dicho esto, los trazos de ambas se asemejan: el gusto por convertir las manifestaciones en circos, el pacifismo descorazonador y el amor por los artefactos tecnológicos son los mismos a un lado y al otro de los Pirineos.

El movimiento de marzo de 2006 es una consecuencia de la revuelta de los suburbios de noviembre pasado. El gobierno Villepin rechazó medidas asistenciales y decidió favorecer la “empleabilidad” de los jóvenes segregados extendiendo el empleo basura. El resultado había sido una proyecto de ley que por ironía se llamaba “de igualdad de oportunidades”, gracias a la cual se rebajaba la edad de trabajar a los catorce años. Dicha ley incluía el CPE, que permitía el despido sin motivo para los menores de 26 años en los dos primeros años. Así las cosas, los estudiantes celebraron el 5 de febrero una jornada de protesta contra el CPE. La agitación se fue desarrollando por cauces ciudadanistas que no cuestionaban ni el sistema de enseñanza ni el capitalismo, sino solamente la precariedad, a pesar de que algunos tratasen de ir más lejos lanzando el eslogan “Ni CPE, ni CDI”, en referencia a los contratos indefinidos (“a durée indéterminée”). Las asambleas se generalizaron en la mayoría de

las universidades, dando juego a una incipiente burocracia que trataba de controlar el movimiento abanderando un ludismo y un pacifismo embrutecedores, y sobre todo poniéndolo a remolque de una espectral clase obrera representada por una burocracia infame. La jornada del 7 de marzo, convocada conjuntamente con los sindicatos, sacó a la calle a un millón de personas y desencadenó un rosario de protestas y ocupaciones en los días siguientes. No obstante, la ley de igualdad de oportunidades fue votada en el Parlamento por todos los partidos, tal como hicieron con la derogación de la ley que establecía la jornada de 35 horas y con el Contrato para el Nuevo Empleo (“embauche”), que autorizaba el despido sin causa ni límite de edad para las empresas pequeñas. Aquí en España jamás se implantó dicha jornada y el despido “por causas objetivas”, es decir, el despido libre va a imponerse mediante la última Reforma Laboral¹¹ pacta-

¹¹ Aprobada por el gobierno del PSOE en mayo de 2006. Anunciada como la reforma laboral que atacaría de lleno la precariedad y lograría aumentar el empleo de calidad y la estabilidad laboral, ha abaratado la mano de obra, eliminado las trabas al despido, reducido los subsidios sociales por desempleo y la cuantía de las pensiones. Además ha propiciado una generalización de los contratos temporales y de la subcontratación, y ha asegurado, mediante la legislación, una mayor cuota de explotación de la fuerza de trabajo. En definitiva, se ha precarizado aún más el empleo. Esta reforma incide en la línea de las anteriores: la de 1984, que abrió la brecha de los contratos temporales, el pacto social del 92, que redujo las prestaciones por desempleo, la de 1994, aprobada por el gobierno de Felipe González, que introdujo las ETTS, la contrarreforma laboral del gobierno de Aznar de 1997 que abarató y facilitó el despido de los trabajadores, y la de 2001 que, además de flexibilizar el mercado laboral, supuso un ataque feroz al subsidio agrario (*N. de la E.*).

da sin que pase absolutamente nada. Los estudiantes de institutos se sumaron al movimiento, que el día 16 sacó a la calle a medio millón de jóvenes. Los límites de la protesta empezaban a ser cuestionados cuando los sindicatos llamaron a una jornada de movilización el 18, aniversario de la Comuna de París. Para los llamados folloneros (“casseurs”) había que reivindicar la herencia colérica de los suburbios y no rehuir a la fuerza pública, respondiendo a sus provocaciones con alborotos y destrozos. A la contra, la burocracia estudiantil y sindical organizarían servicios de orden para aislarles y echarlos de las manifestaciones. Los sindicalistas llevarían su trabajo represivo hasta retener algunos y librarlos a la policía. Pero el mayor peligro de los manifestantes era su pacifismo patológico que les volvía impotentes no sólo ante la policía sino ante la burocracia generada alrededor de la Coordinadora Nacional, verdadero antro político de sindicalistas y grupúsculos, UNEF, “Tous ensemble” (trotsquistas), SUD étudiants, FSE, etc., que insistían en vincular el movimiento con las burocracias sindicales. Por otra parte, un grupo radical ocupaba la Escuela de Estudios Superiores (“Hautes Études”) y lanzaba un manifiesto planteando “la precariedad de la supervivencia humana global” y la falacia del pleno empleo subyacente en la mayoría de consignas contra el movimiento anti-CPE. Tales iniciativas podían ser mucho más eficaces desde dentro del movimiento porque servirían para radicalizarlo; en cambio, permaneciendo al lado y afuera, perdían

utilidad y podían ser recuperadas por ideólogos profesionales y generales sin tropa que las podían convertir en un teatro del extremismo desarmado estilo Jussieu¹².

La jornada del 23 desencadenó el pánico entre los dirigentes. De nuevo medio millón de jóvenes se movilizaron sin que los sindicatos atendieran las peticiones de la Coordinadora Nacional, que esperaba de ellos una declaración de huelga general. Los jóvenes extendieron la táctica del bloqueo de las universidades a las carreteras y vías férreas, amenazando un aspecto fundamental del turbocapitalismo, la circulación motorizada de personas. En París, en Tours, en Marsella, en Lyon, Burdeos, Rennes, Toulouse, etc., las mismas manifestaciones se negaban a disolverse prolongándose en altercados, incendios de coches y saqueos de centros comerciales. En París intervinieron bandas de suburbios que atacaron a los estudiantes, facilitando el trabajo de la policía y sembrando la confusión. La conexión con la “banlieue”¹³ era por lo pronto un imposible. Los estudiantes carecían del nihilismo depredador de los adolescentes de la periferia. Según las reglas de la selva, para tratar con ellos primero habrían de haberles parado los pies e infundirles respeto. A esas alturas había centenares de detenidos. Las direcciones sindicales intentaron aca-

¹² Asamblea, nacida en Francia en 1998, del mal llamado “movimiento de parados y precarios”. Toma el nombre de la Universidad de Jussieu, puesto que las asambleas generales se realizaban en uno de sus anfiteatro (*N. del E.*).

¹³ En francés en el original, *periferia* (*N. del E.*).

bar con el movimiento proponiendo a Villepin la retirada del CPE, pero ante la estupidez de éste, no tuvieron más remedio que ponerse al frente, tal como la Coordinadora Nacional les suplicaba. El día 28 convocaron a una jornada de movilizaciones, evitando cuidadosamente llamar a la huelga general. Cerca de tres millones de personas pararon y se manifestaron. Un patético presidente de la República salió por televisión anunciando la reforma de la ley y su no aplicación durante un año, lo que no satisfizo a nadie. Los sindicatos convocaron otra jornada de huelgas para el 4 de abril, con idénticos resultados a la anterior. El 6 los estudiantes realizaron bloqueos por todo el país. La ley estaba herida de muerte. Cuatro días después era retirada.

El movimiento ha terminado en una de esas victorias inservibles que tanto alivian a los gestores de la dominación. Otras leyes vendrán a “favorecer la disponibilidad y la adaptabilidad de los jóvenes a las empresas”. El principal fallo, a mi entender, ha sido plegarse a los designios de los sindicatos creyendo relacionarse con una etérea “clase obrera”, sin detenerse a pensar que no han sido precisamente obreros los que se han levantado contra la precariedad. Como de costumbre, los sindicatos han sabido terminar con un movimiento que podía desbordarse para dedicarse a esperar el relevo del desgastado equipo que gobierna. En las elecciones de 2007 será la hora de la inmunda candidata “de la izquierda” Segolène Royal. Quienes realmente han intentado mantener con-

tactos directos con los parados, precarios y jóvenes de las “cités”, o quienes han intentado llevar adelante una crítica al trabajo y al sistema dominante han sido combatidos por todas partes y silenciados por los medios, que han tratado siempre de reducir el movimiento al rechazo del CPE. Los que se salieron de los cauces establecidos en “manifestaciones de recorrido intuitivo” han quedado aislados aunque no acallados. Además, algunos aspectos marcan un relativo progreso en relación con otros movimientos precedentes: la descomposición palmaria de la “clase” política, una cierta reflexión sobre la violencia defensiva y el rechazo absoluto de los medios informativos (incluso la Coordinadora Nacional les echaba de sus sesiones al grito de “¡medios, abríos!”). Los estudiantes han comprendido al menos que la fuerza del movimiento radicaba en sí mismo y no en la desinformación de los medios, que suelen actuar al unísono con la lepra sindical y desenchufar cuando ésta se retira.

El movimiento no ha podido proteger a los futuros precarios contra nuevas leyes semejantes a la retirada, ni ha tratado de derogar el conjunto de las ya existentes. La fuerza laboral continúa domesticada mientras los gobiernos siguen con sus proyectos implacables de aniquilación de cualquier derecho que entorpezca al mercado; la próxima vez será “desde la izquierda”. Si la cólera de los oprimidos no lo remedia. Como dice un tolosano, los jaleos han de ser como los tiempos, o sea, duros.

La intención que subyace en estos escritos, destinados al debate, ha sido señalar los cambios y transformaciones sociales significativos ocurridos en los últimos veinticinco años, a fin de propiciar el planteamiento de una acción coherente contra la opresión, es decir, el desarrollo de un pensamiento estratégico. Desde hace más o menos veinte años se viene haciendo historia universal a lo bruto, y aún así no nos enteramos. Nos faltan conceptos con los que captar lo sucedido. Las viejas ideologías han agotado sus posibilidades como herramienta de interpretación y de orientación. Ocurre como con todas las cosas sometidas al envejecimiento y la contaminación: pierden solidez y seriedad, y lo ambiguo pasa a ocupar en ellas el lugar de lo auténtico. Las nuevas son sin embargo un pálido simulacro de las anteriores: ecologismo, ciudadanismo, negrismo, insurreccionalismo... reflejando la degradación extrema de la protesta y de las ideas que la acompañan.

La separación existente entre los individuos y el resultado de su trabajo no ha dejado de crecer, y mediante el desarrollo tecnológico ha pasado de ser el signo de la esclavitud material a ser el de la catástrofe esclavizadora. Pues la característica principal de esta sociedad es su inmersión en la tecnología. Todas las

demás son consecuencia de ello: la mundialización económica, la mercantilización de la vida en todos sus aspectos, el control social absoluto, la expansión del transporte y de las comunicaciones, la ruina de las ciudades, la destrucción del territorio, la aparición de las masas, el totalitarismo político. La clase dirigente sufre los cambios y evoluciona hacia una casta ejecutiva vertical, casi invisible y de extrema movilidad. El resto de las clases se disuelve en un conglomerado amorfo, sin identidad ni conciencia de sí, las masas. Las masas no constituyen un sujeto histórico, son simplemente el vertedero de todas las clases. Actúan conforme a impulsos o a directrices emanadas del exterior. Los movimientos de masas pueden llegar incluso a forjar órganos de democracia directa como asambleas y coordinadoras, pero no sabe utilizarlas como corresponde; a menudo sirven para fines contrarios. No son capaces de captar el carácter absoluto de la contradicción entre su desposesión y el acaparamiento de la decisión por los dirigentes. En esas condiciones los conflictos que ese antagonismo reprimido no cesa de provocar transcurren en el terreno mismo de la dominación, sin llegar a cuestionarla, aunque se apoyen en mecanismos asamblearios. El crecimiento incontrolado y el peligro constante de desintegración no permiten un reparto serio de tareas e impiden cristalizar una idea común. Así, la dominación se impone como el menor de los males, la única salida posible, y las luchas han de

componerse con los que deciden, o con quienes los representan. No obstante, la disolución de las clases y la atomización paralela de los individuos es un proceso que nunca acaba del todo. Tras el reflujó inevitable de los movimientos de masas puede que sobrevivan colectivos y que éstos se involucren en problemas más cercanos. A pequeña escala, un conflicto puede generar conciencia social y la conciencia es capaz de forjar lazos comunitarios. La lucha puede escapar al aislamiento federándose con otras luchas locales y manteniendo un estado de ánimo adecuado donde cristalice la cuestión social. Dichas luchas surgen lejos de las fábricas pero dentro de la fábrica global en que se ha convertido la sociedad; son por consiguiente necesariamente antidesarrollistas: contra las centrales nucleares, contra los alimentos y cultivos transgénicos, contra el Tren de Alta Velocidad, los parques eólicos, las incineradoras, las líneas de alta tensión, las autopistas, los trasvases y pantanos, las urbanizaciones, los puertos deportivos y los campos de golf, etc.; en resumen, contra toda la maquinaria de guerra del totalitarismo dominante.

He denunciado los pseudo-movimientos que buscan la integración en el sistema dominante, me he asombrado de la imbecilidad narcisista que caracteriza a los militantes e ideólogos, y he criticado el activismo sin ideas que consume todas sus energías en enfrentamientos epidérmicos. No vivimos bajo un régimen democrático burgués sino bajo un régimen totalitario con aparien-

cias democráticas, en un disimulado estado de excepción. Esa distinción es fundamental para encarar el problema de la acción. Quienes aceptan las instituciones no practican un reformismo cualquiera, trabajan directamente para la dominación. Nada desde dentro, todo desde fuera. Pero tampoco basta con un rechazo institucional por violento que sea. La posición negativa camina en círculo. La conciencia no puede ser soslayada. Decía Guicciardini en una de sus máximas que *la ignorancia, no teniendo ni fines ni reglas ni medida, procede furiosamente y da palos de ciego*. No basta con lo que no se quiere; hay que saber qué se quiere. Si se quiere construir una línea de resistencia contra el capitalismo, la crítica social unitaria es tan necesaria como la inteligencia del momento; la ignorancia es contrarrevolucionaria. Los nuevos procedimientos de la opresión como por ejemplo la exclusión, la motorización, la adicción al consumo, la suburbanización, etc., se han desenvuelto con pocos problemas gracias a los sindicatos, a las asociaciones cívicas, a las ONGs, a los partidos, a las plataformas, a los expertos, es decir, a los intermediarios. La supresión completa de ellos será la mejor garantía de éxito, aún en caso de derrota. Por otra parte, la nueva sociedad a construir no puede nacer de la apropiación del sistema productivo sino de su desmantelamiento. Eso significa desurbanización, artesanía, campesinado, lentitud, deriva, vida en común, fin de la política y de

cualquier especialización, liberación del deseo... Cambio radical en la forma de relacionarse con la naturaleza, cambio pues en la forma de vivir. Economía del potlach;¹⁴ don en lugar de intercambio. Municipalización del suelo; autogestión territorial. Nueva sociedad a la medida del hombre, basada en relaciones directas, sin mediaciones, sin Mercado, sin Estado.

[Presentación del libro “Golpes y Contragolpes” en la II Mostra del Llibre Anarquista de Barcelona, en el Ateneo Libertario del Besós, 14 de junio de 2006.]

¹⁴ El *potlach* está sacado del idioma *chinois* de los indios del Pacífico canadiense y de Alaska. Literalmente significa “alimentar o consumir”. Es una forma de intercambio colectiva –nunca individual– de dones entre clanes o familias, en un clima de rivalidad y competición, que deben recibirlos obligatoriamente. Marcel Mauss, que popularizó esa peculiar relación en su “Ensayo sobre el don”, la define como “prestaciones totales de tipo agónico”. Bataille se inspiró en ese artículo para elaborar su alternativa al intercambio que, a diferencia de la economía capitalista –basada en la producción, la acumulación y el consumo–, se asienta en la donación, el derroche y el obsequio. En los años cincuenta, la revista de la Internacional Letrista (embrión de la Internacional Situacionista) se titulaba “Potlach” (Nota compuesta por Cecilia de Jerez y Miguel Amorós).

<<Colección nómada#12, Febrero'07, Título original: *Registro de Catástrofes*, Autor: Miguel Amorós, Quizá no siente bien, pero hacía falta, Gracias *cigüeña* por insistir, Ahora que el tiempo de un *café espresso* es el tiempo de un desalojo, Palabras más palabras menos, más menos que más, Cabreo patagónico pa acabar el año, ¿Acabar el año?, Bueno, como otras tantas cosas que se inventaron los monjes, Que por cierto, gozan de una salud inmejorable, Cocktail de meridianos *in my head*, Eso ya me queda un poco *retirao*, España; mundo grua, Y el Rey, qué me dices del Rey??, ¿de cuál de ellos?, ¿del marinerito?, Haciendo cola para solicitar el carné de familia numerosa, Este diálogo no nos lleva a ninguna parte, mi vida, Las navidades te han frito el cerebro, Sí claro, ahora será cosa mía que este m-*anos* y obras sea una cagada, Nunca pretendió ser o parecer algo interesante, Al menos si es una buena mierda podemos intentar hacer algo con ella, Nene, ¿a quién le estás hablando?, Esta mierda es tan tuya como mía, Es nuestra mierda, Uff rollito pimpinela, Lo de Rouco Varela te gustó miguelito, Abrazo violeta pa'la *Chica de Jerez* y el *Chicuelo de Triana*, Dando un paseo por Andalucía me encontré un cartelito del Partido Andalucista, ¿Y qué decía el cartelito?, *No queremos ser menos que Cataluña. A Andalucía, nación le interesa.* No sé si a Andalucía, pero a los oligarcas les interesa, fijo, Que se enteren los que se dedican a mandar mensajitos vito-reando la muerte de Pinochet que quedan muchos más viejos culeaos vivos, Que el hijo de la gran patria-puta se murió en su cama tan agustico, Nos ha salido un resumen de noticias infame, propio del ADN, anagal@no-log.org>>

> *brújula* <

Los últimos veinte años de liquidación social	3
Los cambios de la modernidad tardía	19
La evolución de las ciudades bajo el dominio de las finanzas	28
Sociedad tecnológica, sociedad de masas	37
El primitivismo en la sociedad tecnológica	53
Anarquismo, parlamentarismo y democracia	62
La primavera francesa explicada a los ibéricos	76
Aviso de mal tiempo	87
MANOS Y OBRAS	93

>catálogo colección *nómada*<

- #0 *Pasaporte*, Fábrica de Papeles [2ª ed.]
- #1 *TAZ, Zona Autónoma Temporal*, Hakim Bey [2ª ed.]
- # 2 *Manifest per a l'extermini del pròleg*, Quincy Rookman
(edició bilingüe en castellà)
- #3 *Sexta Declaración de la Selva Lacandona*, E.Z.L.N. [2ª ed.
agotada] Coedita: Col. de Solidaritat amb la Rebel·lió Zapatista
- #4 *Cuentos de Octubre*, Gilberto da Costa [2ª ed.]
- #5 *Manifiesto Dada*, Tristan Tzara [4ª ed.]
- #6 *Queer va con dos ruedas*, Quincy Rookman
- #7 *De la Miseria en el medio Estudiantil*, Mustapha Khayati
- #8 *El Derecho a la Pereza*, Paul Lafargue [2ª ed.]
- #9 *Historias, principios y Reflexiones*, V. B. Sinclair [ed. agotada]
- #10 *El Deshonor de los Poetas*, Benjamin Péret
- #11 *Frase del Día Gratuita, Yo* [ed. agotada]
- #12 *Registro de Catástrofes*, Miguel Amorós
- #13 *Ubú rey*, Alfred Jarry
- #14 *Ayuda Espiritual Urgente*, Diego Godé
- #15 *Maravilloso. Sexo y Poder*, I. Granada & M. Foucault
- #16 *Palabras a otro*, Marcel Duchamp & Pierre Cabanne
- #18 *Modelo para desarmar*, Loreta Fracassi
- #19 *Historias de Q*, la Quimera Rosa

envíame un mail
con "sí, quiero" a
anagal@no-log.org
y recibe el **catálogo** 
o visítame a deshoras en
<http://anagal-maquina.blogspot.com/>

 SUSCRIPCIÓN A ANAGAL:

Elegir 3 títulos del catálogo=10€

5 títulos del catálogo=16€

10 títulos del catálogo=30€

GASTOS DE ENVÍO INCLUIDOS



*¡Oh, Kubéjka,
salva un libro
de las termitas!*

*Invención de
cuento en los
libros antiguos
para protegerlos
de las arañas.*

[...]

No existe una línea continua que, pasando por la revolución rusa y la española, camine sin rupturas desde la Comuna de París hasta Mayo del 68 y la época del Black Block. La historia no es un continuum como pretende el poder dominante o como afirman los epígonos de teorías pretéritas, sino una sucesión de imprevisibles catástrofes cuyo horizonte es el presente. El presente es la clave de las ruinas del pasado...

[...]

no copyright-no cry

anagal@no-log.org

>texto íntegro<



SI #sbmòr



LAGANA